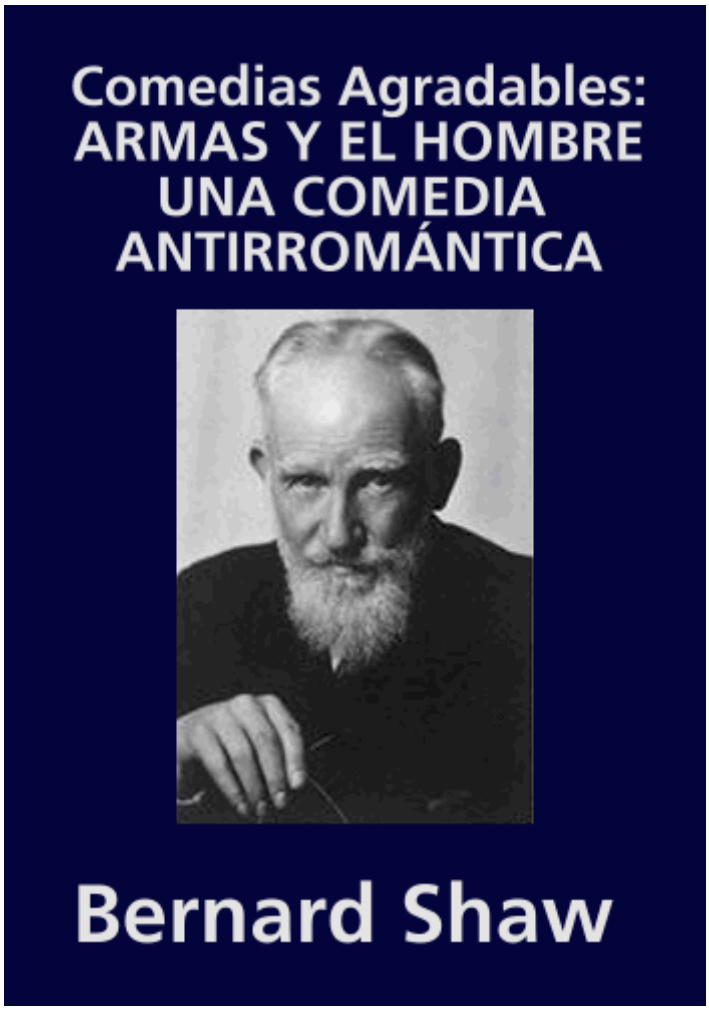
LIBRO dot.com

Comedias Agradables:

ARMAS Y EL HOMBRE

UNA COMEDIA ANTIRROMÁNTICA

Bernard Shaw



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ARMAS Y EL HOMBRE
se representó por primera vez en el Teatro Avenida, de Londres, el 21 de abril de 1894, con el siguiente reparto:

Comandante Pablo Petkoff ..... James Welch

Comandante Sergio Saránoff ..... Bernard Gould

Capitán Bluntschli ..... Yorke Stephens

Comandante Plechanoff ..... A. E. W. Mason

Nicola …… Orlando Barnett

Catalina Petkoff ..... Mrs. Charles Calvert

Raína Petkoff ..... Alma Murray

Louka ..... Florence Farr

ACTO I

Noche. Alcoba de una dama, en Bulgaria, en una pequeña ciudad de las cercanías del Paso Dragomán, a fines de noviembre de 1885. A través de una ventana abierta, con un balcón, parece verse muy cerca un pico de los Balcanes -aunque en realidad está a muchos kilómetro de distancia-, maravillosamente blanco y hermoso bajo la nieve encendida por las estrellas. El interior del cuarto no se asemeja a nada que pueda encontrarse en el occidente de Europa. Es mitad búlgaro de lujo, mitad vienés de pacotilla. Sobre la cabecera de la cama, que está apoyada contra una pequeña entrada de la pared, en el costado izquierdo de la habitación, hay un altar de madera pintada de azul y oro, con una imagen de marfil de Cristo; una lámpara pende ante el altar, en forma de una bola metálica perforada y suspendida de tres cadenas. El asiento principal, colocado al otro lado del cuarto, frente a la ventana, es una otomana turca. La colcha y los cortinados de la cama, así como los de la ventana, la alfombrita y las demás telas de adorno de la estancia, son orientales,, vistosos. El empapelado de los muros es occidental y despreciable. El lavabo, adosado a la pared más cercana a la otomana y la ventana, se compone de una jofaina de hierro esmaltado, con su balde debajo, y una única toalla colgada del soporte del costado. La mesa de tocador, entre la cama y la ventana, es una mesa corriente, de pino, cubierta con una tela multicolor y con un lujoso espejo encima. La puerta está en la pared más cercana a la cama y entre ambas hay una cómoda. También ésta está cubierta por una abigarrada tela del país, sobre la cual reposan una pila de novelas en rústica, una caja de bombones de crema y un soporte en miniatura con la fotografía ampliada de un oficial muy bien parecido, cuyo porte arrogante y mirada magnética se adivinan incluso en el retrato. El cuarto está iluminado por una vela que arde en la cómoda y otra en el tocador. Junto a esta última hay una caja de cerillas.

La ventana está abierta de par en par, hacia adentro. Afuera, un par de postigos de madera, también abiertos. En el balcón se encuentra una joven, sumida en la contemplación de los nevados Balcanes, profundamente conmovida por la belleza romántica de la noche y por el hecho de que su propia belleza y juventud forman parte de ella. Está envuelta en su bata de noche y abrigada por una larga capa de pieles, que vale, según un cálculo moderado, por lo menos tres veces lo que el moblaje de la habitación.

Sus pensamientos son interrumpidos por su madre, Catalina Petkoff, mujer de más de cuarenta años de edad, imperiosamente enérgica, de magnífico cabello y ojos negros, que podría ser un espléndido ejemplar de esposa de hacendado montañés, pero que está decidida a hacer el papel de dama vienesa. Para este fin usa en todo momento un elegante vestido de tarde.

CATALINA (*entrando apresuradamente, rebosante de buenas noticias*). - ¡Raína! ¡Raína! *(Se acerca a la cama, esperando encontrar a Raína en ella.)* Pero, ¿dónde...? *(Raína se vuelve hacia la habitación.)* ¡Por el cielo, niña! ¿Te expones al aire nocturno en lugar de estar acostada? ¿Quieres matarte? Louka me dijo que dormías.

RAÍNA (soñadoramente). -La despedí. Quería estar sola. ¡Las estrellas son tan hermosas! ¿Qué ocurre?

CATALINA. - ¡Buenas noticias! Se ha librado una batalla.

RAÍNA *(con los ojos agrandados).* - ¡Ah! *(Se acerca ansiosamente a Catalina.)*

CATALINA. - ¡Una gran batalla en Slivnitza! ¡Una victoria! ¡Y ganada por Sergio!

RAÍNA (con un grito alborozado). ¡Ah! *(Se abrazan, embelesadas.)* ¡Oh, madre! (*De pronto, con angustia.)* Y papá, ¿está a salvo?

CATALINA. - ¡Por supuesto! Es el quien me envía las noticias. Sergio es el héroe del momento, el ídolo del regimiento.

RAÍNA. - ¡Cuéntame, cuéntame! ¿Cómo fue? *(En éxtasis.)* ¡Oh, mamá, mamá, mamá! (Atrae a su madre hacia la otomana; se besan frenéticamente.)

CATALINA *(con desbordante entusiasmo).* -Ni siquiera te imaginas cuán espléndido ha sido todo. ¡Una carga de caballería! ¡Figúrate! Desobedeció a nuestros comandantes rusos... actuó sin órdenes... condujo una carga bajo su responsabilidad... la dirigió el mismo.. . Fue el primero que rebasó la artillería enemiga. ¿Te lo imaginas, Raína? Nuestros espléndidos y valientes búlgaros, con la espada y los ojos llameantes, cayendo como un alud sobre los desdichados servios y esparciéndolos, a ellos y a sus afeminados oficiales austríacos, como a otras tantas pajas. ¡Y tú! ¡Tú hiciste esperar un año a Sergio antes de prometerte a él! ¡Ah, si tienes una sola gota de sangre búlgara en las venas, lo idolatrarás cuando regrese!

RAÍNA. - ¿Que le importará mi pobre e insignificante adoración después de las aclamaciones de todo un ejercito de héroes? Pero no importa. ¡Me siento tan feliz, tan orgullosa! *(Se pone de pie y se pasea, excitada.)* Esto demuestra que nuestras ideas eran ciertas.

CATALINA *(indignada).* - ¡Nuestras ideas ciertas! ¿Que quieres decir?

RAÍNA. -Nuestras ideas de lo que haría Sergio. Nuestro patriotismo. Nuestros heroicos ideales. En ocasiones solía dudar de que fueran otra cosa que sueños. ¡Oh, que criaturas desleales somos las mujeres! ¡Cuando le ceñí la espada a Sergio tenía el un aspecto tan noble...! Fue una traición hacia el pensar en desilusión, en humillaciones, en fracasos. Y sin embargo... sin embargo... *(Vuelve a sentarse repentinamente.)* Prométeme que no se lo dirás jamás.

CATALINA. -No me exijas promesas hasta que no sepa que prometo.

RAÍNA. - Bien, se me ocurrió, mientras me tenía entre sus brazos y me miraba a los ojos, que quizá nuestras ideas de heroísmo se deben únicamente a que nos gusta tanto leer a Byron y a Pushkin y a que nos agradó tanto la ópera, esa temporada que pasamos en Bucarest. ¡Pero la vida real se parece tan poco a eso! En rigor no se parece en absoluto, tal como la conocí entonces. *(Con remordimientos.)* Pero piensa en esto, madre: he dudado de el. Me pregunte si todas sus cualidades heroicas y su marcialidad no resultarían simples productos de la imaginación en cuanto entrara en combate. Tenía el inquietante temor de que hiciera una lamentable figura entre los inteligentes oficiales de la corte del zar.

CATALINA. - ¡Una lamentable figura! ¡Deberías tener vergüenza! Los servios tienen oficiales austríacos tan inteligentes como los rusos. Pero, a pesar de ello, los hemos derrotado en todas las batallas.

RAÍNA *(riendo y acurrucándose junto a su madre).* - Sí, he sido no más que una pequeña cobarde prosaica. ¡Oh, pensar que todo era cierto, que Sergio es tan espléndido y noble como aparenta serlo, que el mundo es verdaderamente glorioso para las mujeres que saben comprender su gloria y para los hombres que pueden transportar su romance a los hechos! ¡Que felicidad, que indecible fruición!

Las interrumpe la entrada de Louka, una hermosa y orgullosa muchacha ataviada con un traje de campesina búlgara, de doble delantal. Sus modales son desafiantes, tanto que su servilismo hacia Raína resulta casi insolente. Tiene miedo a Catalina, pero aun con ella es todo lo descarada que se atreve.

LOUKA. -Si me permite, señora, es preciso cerrar todas las ventanas y atrancar los postigos. Dicen que habrá disparos en las calles. *(Raína y Catalina se ponen de pie a una, asustadas.)* Los servios huyen por el paso, perseguidos. Se cree que tratarán de refugiarse en el pueblo. Nuestra caballería los sigue de cerca y la población los recibirá como se merecen, ahora que han sido puestos en fuga. *(Sale al balcón y cierra las contraventanas. Luego vuelve a entrar en el cuarto.)*

CATALINA *(práctica, despiertos sus instintos de ama de casa).* -Debo cuidar de que todo este bien cerrado abajo.

RAÍNA. -Ojalá nuestros soldados no fueran crueles... ¿Que gloria puede alcanzarse matando a unos desdichados fugitivos?

CATALINA. -¡Crueles! ¿Crees que los fugitivos vacilarían en matarte a ti ... o en hacer cosas peores?

RAÍNA *(a Louka).* - Deja las persianas de modo que pueda cerrarlas en cuanto oiga un ruido.

CATALINA *(autoritariamente, volviéndose, ya cerca de la puerta).* - Nada de eso, querida. Hay que cerrarlas. Te dormirías y las dejarías abiertas. Ciérralas, Louka.

LOUKA. - Sí, señora. *(Las atranca.)*

RAÍNA. -No te preocupes por mí. En cuanto oiga un disparo apagaré las bujías y me meteré en la cama, tapada hasta las orejas.

CATALINA. - Lo más prudente que puedes hacer, tesoro. Buenas noches.

RAÍNA. - Buenas noches. *(Nuevamente invadida por la emoción.)* Deséame alegres sueños. *(Se besan.)* Esta sería la noche más dichosa de mi vida... si no fuera por los fugitivos.

CATALINA. - Acuéstate, querida, y no pienses en ellos. *(Sale.)*

LOUKA *(en secreto, a Raína).* - Si quiere abrir las persianas no tiene más que darles un empujoncito, así. *(Las empuja y se abren. Vuelve a cerrarlas.)* A una de ellas les falta el pasador de abajo.

RAÍNA *(dignamente, con tono de reproche).* - Gracias, Louka, pero debemos hacer lo que nos han ordenado. *(Louka esboza una mueca.)* Buenas noches.

LOUKA *(con indiferencia*). - Buenas noches. *(Sale con aire fanfarrón.)*

Raína, sola, se quita el abrigo de pieles y lo arroja sobre la otomana. Luego se dirige a la cómoda y contempla el retrato con adoración, con sentimientos imposibles de exteriorizar. No lo besa ni se lo oprime contra el pecho ni le muestra señal alguna de afecto físico. Lo toma, en cambio, entre las manos y lo eleva, como una sacerdotisa.

RAÍNA *(contemplando el retrato).* - ¡Oh, jamás volveré a ser indigna de ti, héroe de mi alma! ¡Jamás, jamás, jamás! *(Vuelve a dejar reverentemente la fotografía en su lugar. Luego toma una novela de una pequeña pila de libros. La hojea soñadoramente, encuentra la página en que interrumpió la lectura y dobla el libro en ella. Luego, con un suspiro de dicha, se introduce en la cama y se dispone a dormirse leyendo. Pero antes de abandonarse a la novela levanta una vez más la mirada, pensando en la bendita realidad, y murmura:)* ¡Mi héroe! ¡Mi héroe!

Un disparo distante quiebra la quietud de la noche. Se sobresalta, escucha. Se oyen dos tiros más cercanos. Salta de la cama, asustada, y apresuradamente apaga la vela de la cómoda. Luego, llevándose las manos a los oídos, corre al tocador, apaga

la otra bujía y corre hacia la cama en la oscuridad. No se ve otra cosa que el resplandor de la luz de la bola perforada, ante la imagen, y el brillo de las estrellas, que penetra por las hendiduras superiores de la persiana. Se oye otra vez el tiroteo. Una descarga de fusilería suena muy cerca. Antes de que se apaguen sus ecos las contraventanas desaparecen, abiertas desde afuera. Por un instante se enciende el rectángulo de helada luz de estrellas y la silueta de un hombre se dibuja en negro contra ese fondo. Las persianas se cierran inmediatamente y el cuarto vuelve a sumirse en la oscuridad. Pero en el silencio se escucha ahora el ruido de una respiración acezante. Luego hay un chasquido y se ve la llama de un fósforo en el centro del cuarto.

RAÍNA (*encogiéndose en la cama*). - ¿Quién es? *(La cerilla se apaga en el acto.)* ¿Quién es? ¿Quién está ahí?

UNA VOZ DE HOMBRE *(en la oscuridad, apagada pero amenazadora).* - ¡Shhh! No grite o la mato. Pórtese bien y nada malo le sucederá. *(Ella sale de la cama y se dirige hacia la puerta.)* Cuidado. Es inútil que trate de huir.

RAÍNA. - Pero, ¿quién ... ?

LA VOZ *(con tono de advertencia).* - Recuerde: si levanta la voz mi revólver hará fuego. ¿Me oye? *(Otro momento de silencio y Raína retrocede hacia la cómoda. Enciende una vela y el misterio ha terminado. El hombre tiene' unos 35 años de edad y se encuentra en deplorable estado, cubierto de barro, sangre y nieve. El cinturón y la correa de la cartuchera mantienen unidos los restos desgarrados de su casaca azul de oficial servio de artillería. La luz de la vela y su estado descuidado y sucio sólo permiten ver que es de mediana estatura y aspecto vulgar, de cuello y hombros vigorosos, cabeza redonda, voluntariosa, cubierta de cortos y apretados rizos broncíneos. Sus ojos son claros y de mirada rápida; las cejas y la boca, bien dibujadas; la nariz, irremediablemente prosaica, parecida a la de un chiquillo testarudo. Su porte es marcial, recio. Tiene modales enérgicos y no pierde la cabeza a pesar de lo desesperado de su situación. Más aun: conserva su sentido del humor, aunque no tiene la más mínima intención de reírse de su posición ni de desaprovechar una oportunidad. Sopesa todo lo que puede adivinar de Raína: su edad, su categoría social, su carácter y el grado de su temor. Luego continúa, más cortés pero más resueltamente:)* Perdone que

la moleste. Pero, ¿reconoce mi uniforme? ¡Servio! Si me atrapan me matarán.

Librodot

(Amenazador.) ¿Entiende?

RAÍNA. - Sí.

EL HOMBRE. - Bien. No tengo intenciones de dejar

me matar, si puedo evitarlo. *(Más ominosamente.)* ¿Lo entiende? (*Cierra la puerta rápida pero silenciosamente.)*

RAÍNA *(con desdén).* - Creo que no. (*Se yergue con altanería y lo mira rectamente al rostro, añadiendo, con énfasis cortante:)* Sé que algunos soldados temen a la muerte.

EL HOMBRE *(con torvo humorismo).* - Todos la temen, mi querida señorita; todos, créame. Nuestro deber es vivir todo lo que podamos. Pues bien, si llama usted...

RAÍNA (*interrumpiéndolo).* - Me matará. ¿Cómo sabe que yo también tengo miedo a morir?

EL HOMBRE *(con astucia).* - Ah, pero si yo no la mato, ¿qué ocurrirá? Un pelotón de soldados de caballería irrumpirá en esta hermosa alcoba. Me exterminarán como a un cerdo, porque yo lucharé como un demonio. No permitiré que me saquen a la calle para divertirse conmigo. Sé quiénes son. ¿Está dispuesta a recibir esa clase de visita, vestida como está en este momento? (*Raína, repentinamente consciente de su bata de noche, se encoge instintivamente y se la cierra más en el cuello. El la contempla y agrega implacablemente:)* No podemos decir que esté presentable, ¿eh? *(Ella se dirige a la otomana. El hombre levanta la pistola y grita:)* ¡Deténgase! *(Raína obedece.)* ¿Adónde va?

RAÍNA (con paciencia llena de dignidad). - A tomar mi abrigo.

EL HOMBRE (*acercándose rápidamente a la otomana y tomando la prenda).* - ¡Buena idea! Lo guardaré yo y usted cuidará de que nadie entre y la vea sin él. Es mejor arma que el revólver, ¿eh? *(Deja caer el arma en el diván.)*

RAÍNA (*indignada).* - ¡No es el arma de un caballero!

EL HOMBRE. - Pero es bastante buena para un hombre que sólo la tiene a usted para protegerlo de la muerte. *(Se miran por un momento. Raína apenas puede creer que haya tanto cinismo, egoísmo y falta de caballerosidad, ni siquiera en un oficial servio. De pronto ambos se sobresaltan al oír una estruendosa descarga de fusilería en la calle. El soplo helado de la muerte inminente apaga la voz del hombre, que añade:)* ¿Oye? Si piensa lanzar a esos canallas sobre mí, los recibirá tal como está.

Gritos y alboroto. Los perseguidores, en la calle, aporrean la puerta de la casa,

gritando: ¡Abran la puerta! ¡Abran la puerta! ¡Despierten! *La voz de un sirviente ¡es contesta airadamente desde adentro:* ¡Esta es la casa del mayor Petkoff! No pueden entrar. *Pero el griterío, renovado, y un torrente de golpes sobre la puerta, hacen que el criado quite la cadena. El tintineo de ésta es seguido por un rumor de fuertes pisadas y un estruendo de exclamaciones de triunfo, dominados finalmente por la voz de Catalina, que se dirige, indignada, al oficial.* ¿Qué significa esto, señor? ¿No sabe usted dónde está? *El ruido se acalla de golpe.*

LOUKA *(afuera, llamando a la puerta del dormitorio).* - ¡Señorita! ¡Señorita! Levántese en seguida y abra la puerta. Si no lo hace la echarán abajo.

El fugitivo echa hacia atrás la cabeza, con el gesto del hombre que ve que todo ha terminado, y deja de lado los modales que ha usado para intimidar a Raína.

EL HOMBRE *(sincera y bondadosamente).* - Es inútil, querida. Es inútil. *(Le arroja el abrigo.)* ¡Rápido! ¡Cúbrase! ¡Ya vienen!

RAÍNA. - ¡Oh, gracias! *(Se pone la prenda con intenso alivio.)*

EL HOMBRE *(entre dientes).* - No es nada.

RAÍNA *(ansiosamente).* -Y usted, ¿qué hará?

EL HOMBRE *(torvamente).* - El primer hombre que entre lo sabrá. Apártese. Y no mire. No durará mucho, pero no será nada bello. *(Desenvaina el sable y se vuelve hacia la puerta, en actitud de esperar.)*

RAÍNA (*impulsivamente*). - Lo ayudaré. Yo lo salvaré.

EL HOMBRE. -No puede.

RAÍNA. - Sí. Lo esconderé. *(Lo arrastra hacia la ventana.)* ¡Ahí, detrás de las cortinas!

EL HOMBRE *(cediendo*). -Hay una mínima posibilidad, siempre que no pierda la sangre fría.

RANA *(corriendo la cortina ante él).* - ¡Shh! (*Se dirige hacia la otomana.)*

EL HOMBRE.- *(asomando la cabeza*). - Recuerde...

RAÍNA *(corriendo a su lado).* - ¿Sí?

EL HOMBRE.- … nueve soldados de cada diez son tontos de nacimiento.

RAÍNA. - ¡Oh! *(Corre furiosamente la cortina.)*

EL HOMBRE *(asomando la cabeza por el otro lado).* - Si me encuentran le prometo un combate, un combate infernal.

Raína golpea airadamente el suelo con el pie. El hombre desaparece. La joven se

quita el abrigo y lo arroja a los pies de la cama. Luego, con aspecto soñoliento y turbado, abre la puerta. Louka entra excitadamente.

LOUKA. - Han visto a uno de esos bestias de servios trepando por el caño de desagüe y dejándose caer en este balcón. Nuestros hombres quieren registrar la casa para encontrarlo y están furiosos y borrachos. *(Se encamina al otro rincón del cuarto, para alejarse todo lo posible de la puerta.)* Mi señora dice que se vista usted inmediatamente y que... *(De pronto ve el revólver en la otomana y se interrumpe, petrificada.)*

RAÍNA *(como disgustada porque la molestan).* - Aquí no entrarán. ¿Por qué les han permitido penetrar en la casa?

CATALINA *(entrando precipitadamente).* - Raína, querida, ¿estás bien? ¿Has visto a alguien, has oído algo?

RAÍNA. - Oí los disparos. Espero que los soldados no se atreverán a entrar aquí.

CATALINA. - He descubierto a un oficial ruso, gracias a Dios. Conoce a Sergio. *(Dirigiéndose a alguien que está al otro lado de la puerta.)* Puede entrar ahora, señor. Mi hija lo recibirá.

Un joven oficial ruso, de uniforme búlgaro, entra espada en mano.

OFICIAL *(con algo de suave cortesía felina y rígido porte militar).* - Buenas noches, graciosa señorita. Lamento tener que molestarla, pero hay un servio escondido en el balcón. ¿Quieren, usted y la graciosa señora, su madre, apartarse mientras lo buscamos?

RAÍNA *(con petulancia).* -Tonterías, señor. Ya ve que no hay nadie en el balcón. *(Abre las contraventanas de par en par y se queda de espaldas a la cortina, detrás de la cual está oculto el hombre, señalando con la mano el balcón inundado por la luz de la luna. Dos tiros resuenan precisamente debajo de la ventana y una bala hace añicos el espejo que está detrás de Raína. Esta parpadea y respira con fuerza, pero no se mueve. Catalina lanza un grito y el oficial se precipita hacia la ventana, exclamando: ¡Cuidado!)*

EL OFICIAL *(en el balcón, gritando furiosamente hacia la calle).* - ¡Dejen de hacer fuego ahí abajo, idiotas! ¿Me oyen? ¡Dejen de disparar, malditos sean! *(Mira ceñudamente un instante. Luego se vuelve a Raína, tratando de volver a sus modales corteses.)* ¿Sería posible que alguien hubiera entrado sin que usted lo advirtiera? ¿Estaba dormida?

RAÍNA. - No. Todavía no me acosté.

EL OFICIAL *(impaciente, entrando nuevamente en el cuarto).* - Sus vecinos tienen la cabeza tan llena de servios fugitivos que creen verlos en todas partes. *(Delicadamente.)* Graciosa señorita, mil perdones. Buenas noches. *(Reverencia militar, que Raína devuelve fríamente. Otra a Catalina, que lo sigue fuera de la alcoba.)*

Raína cierra los postigos. Se vuelve y ve a Louka, que ha estado contemplando la escena con curiosidad.

RAÍNA. -No dejes sola a mi madre, Louka, hasta que se vayan los soldados.

Louka lanza una mirada a Raína, a la otomana, a la cortina. Luego frunce los labios, ríe con insolencia y sale. Raína, profundamente ofendida por la demostración, la sigue hasta la puerta y la cierra estrepitosamente tras ella, con el pasador. El hombre aparece en el acto por detrás de la cortina, envainando el sable. Luego, apartando de la mente la idea del peligro, se acerca afablemente a Raína.

EL HOMBRE. -Una escapada por un pelo. Pero es mejor que nada. Mi querida joven, soy su esclavo hasta la muerte. Ahora, por usted, me agradaría haberme alistado en el ejército búlgaro en lugar de hacerlo en el otro. No soy servio de nacimiento.

RAÍNA *(con tono altanero).*-No. Usted es uno de esos austríacos que lanzan a los servios sobre nosotros para que nos arrebaten nuestra libertad nacional y que cubren todas las plazas de oficiales de nuestros enemigos.

EL HOMBRE. - ¡Austríaco! Nada de eso. No me odie,

querida señorita. Soy suizo, un simple soldado profesional. Me uní a los servios porque fueron los primeros que encontré cuando salí de Suiza. Sea generosa. Nos han derrotado por completo.

RAÍNA. - ¿No lo he sido, acaso?

EL HOMBRE.- ¡Noble! ¡Heroica! Pero aún no estoy totalmente a salvo. Este registro aislado pasará pronto, pero la persecución continuará toda la noche, esporádicamente. Debo correr el riesgo de salir en un momento de calma. *(Bonachón.)* No le molestará que me quede unos instantes más, ¿no es cierto?

RAÍNA *(adoptando sus más corteses modales de sociedad*). -En absoluto. ¿No quiere sentarse?

EL HOMBRE. -Gracias. *(Se sienta a los pies de la cama.)*

Raína se encamina hacia la otomana con estudiada elegancia y se sienta. Por desgracia lo hace sobre la pistola. Se pone en pie de un salto, lanzando un grito. El

hombre, nervioso, retrocede al otro lado del cuarto como un caballo espantadizo.

EL HOMBRE *(irritado*). - No me asuste de ese modo. ¿Qué ocurre?

RAÍNA. - ¡Su revólver! Durante todo el tiempo estuvo ante las narices de ese oficial. Se ha salvado usted por milagro.

EL HOMBRE *(molesto por haberse asustado sin motivos*). - ¿Y eso es todo?

RAÍNA *(contemplándolo con cierta arrogancia, ya que tiene una opinión cada vez más pobre de él y se siente, por lo tanto, más a sus anchas).* - Lamento haberlo sobresaltado. *(Toma el revólver y se lo entrega).* Por favor, tómelo para defenderse de mí.

EL HOMBRE *(sonriendo con cansancio ante el sarcasmo y tomando el arma).*-Es inútil, mi querida joven, no sirve para nada. Está descargado. *(Hace una mueca y deja caer el revólver, con desaliento, en la cartuchera.)*

RAÍNA. -Cárguelo, entonces.

EL HOMBRE.-No tengo balas. ¿De qué sirven en una batalla? Yo siempre llevo chocolate. Hace varias horas terminé la última tableta.

RAÍNA *(ofendida en sus más altos ideales de masculinidad).* -¡Chocolate! ¿Acaso se llena los bolsillos de dulces -como un colegial- incluso en el campo de batalla?

EL HOMBRE *(sonriendo).* -Sí. ¿No es despreciable? *(Con voracidad.)* Ojalá tuviera un poco ahora.

RAÍNA. -Permítame. *(Se dirige desdeñosamente hacia la cómoda y regresa con una bombonera.)* Lo siento, no quedan más que éstos. Los demás los comí yo. *(Le ofrece la caja.)*

EL HOMBRE *(vorazmente).* - ¡Es usted un ángel! *(Se engulle el contenido de la caja.)* ¡De crema! ¡Deliciosos! *(Mira ansiosamente para ver si todavía quedan. Los ha comido todos. No le queda más remedio que pasar los dedos por el fondo de la bombonera y chupárselos. Cuando también eso se acaba, el hombre acepta lo inevitable con patética afabilidad y dice, con emoción agradecida:)* ¡Bendita sea, querida señorita! Se reconoce a un soldado experto por el contenido de su cartuchera y caja de municiones. Los novatos llevan pistola y balas; los duchos en el oficio, provisiones. Gracias. *(Devuelve la bombonera. Ella se la arrebata despreciativamente y la arroja. El hombre vuelve a retroceder, como si Rama hubiese intentado pegarle.)* ¡Ah! No haga movimientos tan bruscos, mi graciosa señorita. Es una maldad tratar de vengarse de mí porque yo la asusté antes.

RAÍNA *(altanera).* - ¡Asustarme! ¿Sabe, señor, que, aunque no soy más que una mujer, creo tener más valentía que usted?

EL HOMBRE. -No lo dudo. Usted no ha estado tres días bajo el fuego, como yo. Puedo soportar dos días de combate, pero ningún hombre aguantará tres. Estoy tan nervioso como un ratón. *(Se sienta en la otomana y se toma la cabeza entre las manos.)* ¿Le agradaría verme llorar?

RAÍNA *(alarmada).* -No.

EL HOMBRE. - Porque si cambia de opinión lo único que tiene que hacer es reñirme como si yo fuera un chiquillo y usted mi institutriz. Si ahora estuviese en el campamento me harían toda clase de bromas.

RAÍNA *(algo conmovida).* -Lo siento. No lo reñiré. ? *(Enternecido por la simpatía que advierte en el tono de ella, el hombre levanta la cabeza y la mira con gratitud. Inmediatamente ella retrocede y dice con rigidez:)* Perdóneme. Nuestros soldados no son así. *(Se aparta de la otomana.)*

EL HOMBRE. - Sí que lo son. Existen sólo dos clases F de soldados: los expertos y los novicios. Yo estoy en la ° profesión desde hace catorce años. La mitad de sus soldados no conoce el olor de la pólvora. Y entonces, ¿por que nos han derrotado? Pura ignorancia del arte de la guerra y nada más. *(Indignado.)* Jamás vi nada tan poco profesional.

RAÍNA *(con ironía).* - Ah, ¿de modo que fue poco profesional el vencerlos?

EL HOMBRE. - ¡Vamos! ¿Es profesional lanzar un regimiento de caballería contra un emplazamiento de ametralladoras, con la seguridad inexorable de que si las ametralladoras hacen fuego ni un solo caballo, ni un solo hombre, nada logrará acercarse a menos de cincuenta metros? Yo no podía creer a mis ojos cuando lo vi.

RAÍNA *(volviéndose ansiosamente hacia él, invadida otra vez por su entusiasmo y sus sueños de gloria).* - ¿Presenció la gran carga de caballería? ¡Oh, cuénteme! ¡Descríbamela!

EL HOMBRE. -Nunca ha visto una carga de caballería, ¿no es verdad?

RAÍNA. - ¿Cómo podía verla?

EL HOMBRE. - ¡Ah, es claro! Tiene razón. Bueno, es un espectáculo divertido. Es como lanzar un puñado de guisantes contra el vidrio de-una ventana. Primero viene uno; luego dos o tres, casi en seguida; y luego todos los demás juntos.

RAÍNA *(con los ojos dilatados y las manos entrelazadas, elevadas en éxtasis).* -

¡Sí, primero uno! ¡El más valiente entre los valientes!

EL HOMBRE *(prosaico).* - ¡Hmm! Ya tendría que ver al pobre diablo tirando de las riendas de su caballo.

RAÍNA. - ¿Para que necesita tirar de las riendas?

EL HOMBRE *(impacientado por una pregunta tan tonta).* - Porque el caballo se precipita hacia adelante, por supuesto. ¿Acaso le parece que el individuo quiere llegar antes que los demás, para que lo maten? Bien, y después llegan todos los demás. Es fácil reconocer a los bisoños por la impetuosidad y el blandir de sables. Los avezados se agrupan detrás del primero. Saben que son simples proyectiles y que es inútil tratar de presentar combate. La mayoría de las heridas son rodillas rotas a consecuen cia de los choques de los caballos entre sí.

RAÍNA. - ¡Uf! Pero no creo que el primer hombre

sea un cobarde. ¡Se que es un héroe!

EL HOMBRE *(bonachón*). - Eso es lo que habría dicho si hubiera visto al primer hombre de la carga de hoy.

RAÍNA *(sin aliento, perdonándole todo).* - ¡Ah, lo sabía! ¡Cuénteme! ¡Háble me de él!

EL HOMBRE. - Lo hizo como un tenor de opereta. Un individuo corriente, bien parecido, de ojos llameantes y hermoso bigote. Lanzaba gritos de guerra y cargaba como Don Quijote contra los molinos. ¡Cómo reímos!

RAÍNA. - ¡Se atrevieron a reír!

EL HOMBRE. - Sí, pero cuando nuestro sargento se acercó corriendo, blanco como el papel, y nos dijo que nos habían enviado municiones de calibre equivocado y que no podíamos disparar ni siquiera una salva hasta diez minutos más tarde, entonces nos olvidamos de reírnos. Nunca me sentí tan mal en mi vida, aunque me he encontrado en muchos aprietos. Y yo no tenía ni una bala de revólver; sólo chocolate. No teníamos bayonetas, nada. Es claro, nos hicieron pedazos. Y Don Quijote avanzaba como un tambor mayor, seguro de que hacía la cosa más inteligente de que se tenía noticia, cuando en realidad debería haber comparecido por ello ante una corte marcial. De todos los tontos que han pisado un campo de batalla ese hombre debe de haber sido el más loco. Él y su regimiento buscaban sencillamente el suicidio. La pistola falló, eso es todo.

RAÍNA *(profundamente ofendida, pero resueltamente leal a sus ideales).* -¿De

veras? ¿Y lo reconocería si volviera a verlo?

EL HOMBRE. - ¡Jamás lo olvidaré!

Raína se dirige nuevamente hacia la cómoda. El la contempla con la vaga esperanza de que todavía tenga alguna otra cosa para ofrecerle de comer. La joven toma el retrato.

RAÍNA.-Esta es la fotografía del caballero -el patriota y el héroe-, al cual estoy prometida.

EL HOMBRE *(reconociéndolo, horrorizado).* - Lo siento mucho. *(Mirándola.)* ¿Era justo obligarme a hablar? *(Vuelve a mirar el retrato.)* Sí, es Don Quijote, no hay duda. *(Reprime una carcajada.)*

RAÍNA *(rápidamente).* - ¿De qué se ríe?

EL HOMBRE *(disculpándose, pero grandemente divertido).* -No me reí, se lo aseguro. Al menos no tuve la intención. Pero cuando me acuerdo de este hombre atacando los molinos de viento y creyendo ejecutar la proeza más espectacular... *(Se ahoga por efecto de la risa reprimida.)*

RAÍNA (*severamente*). - Devuélvame el retrato, señor.

EL HOMBRE *(con sincero remordimiento).* - Por cierto. Por supuesto. Estoy profundamente apenado. *(Le entrega la fotografía. Ella la besa deliberadamente y mira al hombre de frente antes de ponerla nuevamente en la cómoda. El hombre la sigue, disculpándose.)* Quizás esté equivocado. Indudablemente estoy en un error. Lo más probable es que, de algún modo, se haya enterado de la cuestión de las municiones y supiera que obraba sobre seguro.

RAÍNA. - ¡O sea que era un farsante y un cobarde! No se atrevió a decirlo antes.

EL HOMBRE *(Con un gesto de cómica desesperación.)*- Es inútil, mi querida señorita. Me doy cuenta de que no podré hacerle entender el lado profesional del asunto.

(Se vuelve para sentarse otra vez en la otomana y entonces se oyen dos disparos lejanos que amenazan renovadas complicaciones.)

RAÍNA *(severamente, viendo que el hombre escucha los tiros.)* - ¡Tanto mejor para usted!

EL HOMBRE *(volviéndose).* - ¿Cómo?

RAÍNA. -Usted es mi enemigo y está a mi merced. ¿Que haría yo si fuera un soldado profesional?

EL HOMBRE. - ¡Ah, muy cierto, mi querida joven! Siempre tiene razón. Se cuán bondadosa ha sido conmigo. Hasta el instante de mi muerte recordare esos tres bombones de crema. Fue un gesto muy poco militar, pero angelical.

RAÍNA *(fríamente).* - Gracias. Y ahora me comportare militarmente. No puede quedarse aquí después de lo que ha dicho de mi futuro esposo. Pero yo saldré al balcón y veré si no hay peligro en que se descuelgue usted a la calle. *(Se dirige a la ventana.)*

EL HOMBRE *(cambiando de expresión).* - ¿Por ese caño de desagüe? ¡Un momento! ¡Espere! ¡No puedo! ¡No me atrevo! El solo pensar en ello me da vértigo. Me fue fácil subir con la muerte a mis espaldas. ¡Pero hacerlo ahora, a sangre fría... ! *(Se desploma en la otomana.)* Es inútil. Me rindo, estoy derrotado. Puede dar la alarma. *(Deja caer la cabeza entre las manos, profundamente abatido.)*

RAÍNA *(desarmada por la piedad).* -Vaya, no se desanime. (*Se inclina casi maternalmente sobre él. El hombre sacude la cabeza.)* ¡Que pobre soldado; un soldado de chocolate! ¡Vamos, anímese! Es preciso menos valor para descolgarse por el caño que arriesgarse a ser hecho prisionero; piense en eso.

EL HOMBRE *(soñoliento, arrullado por la voz de la joven).* -No, la captura sólo representa la muerte y la muerte es sueño. ¡Oh, sueño, sueño, sueño, un sueño tranquilo! ¡Descender por ese caño representa hacer algo... esforzarse... pensar... Prefiero la muerte diez veces.

RAÍNA *(dulcemente, extrañada, comprendiendo el ritmo de su cansancio).* - ¿Tan cansado está?

EL HOMBRE. -Desde que me aliste no he podido dormir dos horas seguidas. Hace cuarenta y ocho horas que no cierro los ojos.

RAÍNA *(desconcertada).* - ¿Que puedo hacer con usted?

EL HOMBRE *(poniéndose de pie, tambaleante, acicateado por la desesperación de Raína).* - Es claro. Debo hacer algo. *(Se sacude, se recobra y habla con nuevo vigor y ánimo.)* Con sueño o sin el, hambriento o no, cansado o no, se puede hacer una cosa cuando se sabe que es preciso hacerla. Bueno, descenderás por ese caño. (*Se golpea el pecho.)* ¿Lo oyes, soldado de chocolate? *(Se encamina hacia la ventana.)*

RAÍNA *(ansiosamente).* - Pero, ¿y si se cae?

EL HOMBRE. - Dormiré como si las piedras fueran un colchón de plumas. Adiós. *(Se dirige hacia la ventana. Su mano se posa ya sobre la persiana cuando en la calle,*

abajo, se oye una terrible descarga de fusilería.)

RAÍNA *(corriendo hacia él).* - ¡Espere! *(Lo agarra atolondradamente y casi lo obliga a volverse.)* Lo matarán.

EL HOMBRE *(fría pero cortésmente).* -No importa, estas cosas son gajes del oficio. Estoy obligado a correr el riesgo. *(Decididamente.)* Haga lo que le digo. Apague la bujía para que no vean luz cuando abra las contraventanas. Y, suceda lo que sucediere, no se acerque a la ventana. Si me ven harán fuego sobre mí.

RAÍNA *(aferrándose a él).* - No pueden dejar de ver lo. Hay luna clara. Yo lo salvare. ¡Oh, cómo puede mostrarse tan indiferente! ¿No es cierto que quiere que

lo salve?

EL HOMBRE. - En realidad no quiero ser importuno. *(Ella lo sacude, impaciente.)* Pero no soy indiferente, mi querida joven, se lo aseguro. ¿Cómo piensa salvarme?

RAÍNA. - Apártese de la ventana. *(Lo lleva firmemente al centro de la habitación. En cuanto lo suelta él se vuelve mecánicamente, una vez más, hacia la ventana. Ella lo detiene, exclamando:)* ¡Por favor! *(El hombre permanece inmóvil, como un conejo hipnotizado. La fatiga lo invade rápidamente. Ella lo suelta y le habla con tono protector.)* Escuche. Debe tened confianza en nuestra hospitalidad. Todavía no sabe en que casa se encuentra. Soy una Petkoff.

EL HOMBRE. - ¿Una que?

RAÍNA *(un tanto indignada*). - Quiero decir que pertenezco a la familia de los Petkoff, la más rica y la más conocida de nuestro país.

EL HOMBRE.-¡Ah, sí! Le ruego que me perdone. Los Petkoff, naturalmente. ¡Que estupidez la mía!

RAÍNA. - Jamás oyó mencionar el apellido hasta este momento. ¡Cómo puede rebajarse a fingir!

EL HOMBRE. - Perdóneme. Estoy demasiado cansado para pensar. Y el cambio de tema fue demasiado para mí. No me regañe.

RAÍNA. - Me olvide. Podría hacerlo llorar. *(El asiente con gran seriedad. Ella hace un mohín y luego continúa con su tono protector.)* Es preciso que sepa que mi padre tiene el puesto de más alta jerarquía en el ejercito búlgaro. ¡Es comandante! *(Lo dice con orgullo.)*

EL HOMBRE *(fingiendo estar intensamente impresionado).* - ¡Comandante! ¡Cielos! ¡Que me dice!

RAÍNA. - Demostró usted una gran ignorancia al suponer que era necesario trepar hasta el balcón, porque la nuestra es la única casa particular que tiene dos hileras de ventanas. En el interior hay una escalera por la que se puede ascender y descender.

EL HOMBRE. - ¡Escaleras! ¡Magnífico! Le aseguro, mi querida joven, que vive usted en medio de un gran lujo.

RAÍNA. - ¿Sabe que es una biblioteca?

EL HOMBRE. - ¿Una biblioteca? ¿Un cuarto lleno de libros?

RANA. - Sí. Nosotros tenemos una, la única en Bulgaria.

EL HOMBRE. - ¡Una verdadera biblioteca! Me agradaría verla.

RAÍNA *(con tono afectado).* - Le digo estas cosas para demostrarle que no se encuentra en la casa de patanes ignorantes que lo matarían en cuanto vieran su uniforme servio, sino entre gente civilizada. Vamos a Bucarest todos los años, para la temporada de ópera, y yo he pasado todo un mes en Viena.

EL HOMBRE. - Ya lo vi, querida joven. Inmediatamente me di cuenta de que usted conoce el mundo.

RAÍNA. - ¿Ha visto usted la ópera Hernani?

EL HOMBRE. - ¿No es esa en que aparece el diablo en terciopelo rojo y hay un coro de soldados?

RAÍNA *(despectivamente).* - ¡No!

EL HOMBRE (ahogando un bostezo de cansancio). - Entonces no la conozco.

RAÍNA. - Me pareció que recordaría la gran escena en que Hernani, huyendo de sus enemigos, como usted esta noche, se refugia en el castillo de su más enconado rival, un anciano noble castellano. El noble se niega a entregarlo a sus perseguidores. Su huésped es sagrado para el.

EL HOMBRE *(rápidamente, reanimándose).* - ¿Y su familia opina también de ese modo?

RAÍNA *(con dignidad).* - Mi madre y yo tenemos esa opinión, como usted la llama. Y si, en lugar de amenazarme con la pistola como lo hizo, se hubiese simplemente confiado a nuestra hospitalidad, como fugitivo habría estado tan seguro como en la casa de su propio padre.

EL HOMBRE. - ¿Está segura?

RAÍNA *(volviéndole las espaldas, disgustada).* - Oh, es inútil tratar de hacérselo entender.

EL HOMBRE. - No se enoje. Imagínese cuán desagradable habría sido para mí si hubiese alguna equivocación. Mi padre es un hombre sumamente hospitalario. Tiene seis hoteles. Pero yo no confiaría en él hasta ese punto. ¿Y su padre?

RAÍNA. - Está en Slivnitza, luchando por su patria. Yo respondo por la seguridad de usted. He aquí mi mano en señal de promesa. ¿Le tranquiliza eso? *(Le tiende la mano.)*

EL HOMBRE *(mirándose la propia con aspecto de duda).* - Será mejor que no me toque la mano, estimada joven. Previamente tendría que lavarme un poco.

RAÍNA *(conmovida).* - Eso está muy bien de su parte. Ahora veo que es usted un caballero.

EL HOMBRE *(intrigado).* - ¿Eh?

RAÍNA. - No crea que me sorprende. Los búlgaros de verdadera jerarquía social - la gente de nuestra posición- se lavan las manos casi todos los días. De modo que ya ve que aprecio su delicadeza. Pero puede darme la mano. (Vuelve a ofrecerla.)

El HOMBRE *(besándola, con las manos a la espalda).* -Gracias, encantadora joven. Por fin me siento a salvo. Y ahora, ¿le molestaría comunicar la noticia a su madre? Es conveniente que no permanezca aquí en secreto más de lo necesario.

RAÍNA. -Pero tenga la bondad de quedarse quieto hasta que yo vuelva.

EL HOMBRE. -Por supuesto. *(Se sienta en la otomana.)*

Raína se acerca a la cama y se cubre con el abrigo. El hombre cierra los ojos. La joven se dirige a la puerta. Se vuelve para lanzarle una última mirada y ve que está a punto de dormirse.

RAÍNA *(junto a la puerta).* -No pensará quedarse dormido, ¿no es cierto? *(El murmura sonidos inarticulados. Ella corre a su lado y lo sacude.)* ¿Me oye? Despierte. Se está durmiendo. .

EL HOMBRE. - ¿Eh? ¿Durm ... ? No, nada de eso, en absoluto. Estaba pensando. No se preocupe, estoy completamente despierto.

RAÍNA *(severamente.).* - ¿Quiere quedarse de pie hasta que regrese? *(El se levanta a desgana.)* Todo el tiempo, ¿eh?

EL HOMBRE *(vacilando sobre sus pies).* - Es claro, es claro. No se preocupe.

Raína lo mira con aire de duda. El sonríe débilmente. La joven se vuelve nuevamente junto a la puerta y le sorprende casi en el acto de bostezar. Sale.

EL HOMBRE *(soñoliento).* -Dormir, dormir, dormir, dor... *(Las palabras se*

convierten en un murmullo. Despierta, desconcertado, casi a punto de caerse.) ¿Dónde estoy? Eso es lo que quiero saber: ¿dónde estoy? Debo permanecer despierto. Nada que no sea el peligro me impide dormirme. Es preciso recordarlo. *(Concentrado.)* Peligro, peligro, peligro, peli... *(Adormeciéndose otra vez. Otro sacudimiento.)* ¿Dónde está el peligro? Tengo que encontrarlo. (*Comienza a caminar vagamente por el cuarto, buscando el peligro.)* ¿Qué busco? Sueño... peligro... no lo sé. *(Se tambalea junta a la cama.)* ¡Ah, sí, ya sé! Está bien. Debo acostarme, pero no dormir. No tengo que dormirme a causa del peligro. No me acostaré. No haré más que sentarme. (*Se sienta en la cama. Una expresión de beatitud aparece en su rostro.)* ¡Ah! *(Con un suspiro de felicidad se tiende cuán largo es. Con un último esfuerzo levanta las piernas enfundadas en botas. Se duerme instantáneamente.)*

Entra Catalina, seguida de Raína.

RAÍNA *(mirando la otomana).* - ¡Se ha ido! Le dejé aquí.

CATALINA. - ¡Aquí! Entonces debe haber descendido por...

RAÍNA (lo ve). - ¡Oh! *(Señala.)*

CATALINA *(escandalizada).* - ¡Qué bien! *(Se acerca a la cama. Raína la sigue y se detiene frente a ella, al otro lado.)* Está completamente dormido. ¡Qué animal!

RAÍNA (*ansiosamente).* - ¡Shh!

CATALINA *(sacudiéndole).* - ¡Señor! *(Sacudiéndole con más fuerza.)* ¡Señor! *(Con vehemencia, sacudiéndole violentamente.)* ¡SEÑOR!

RAÍNA *(tomándola del brazo).*-Déjalo, mamá. El pobrecito está agotado. Déjalo dormir.

CATALINA *(soltando al dormido y volviéndose, sorprendida, hacia Raína).* - ¿El pobrecito? ¡Raína! *(Mira severamente a su hija.)*

El hombre duerme profundamente.

FIN DEL ACTO I

ACTO II

El seis de marzo de 1880. En el jardín de la casa del comandante Petkoff. Es una

hermosa mañana primaveral. El jardín está fresco y delicioso. Más allá de la valla pueden verse las cúpulas de un par de minaretes, indicando que hay allí un valle con un pueblecito. Pocos kilómetros más lejos se yerguen los Balcanes, interrumpiendo el paisaje. Mirando hacia ellos, desde el jardín, el costado de la casa está a la izquierda. Se llega a ella por un corto tramo de escalera y una puertecita. A la derecha el patio del corral, con su portón, avanza sobre el jardín. Hay arbustos frutales a lo largo del cerco y de la casa, cubiertos de ropa tendida a secar. Un sendero corre junto a la casa y trepa dos escalones en una esquina, donde dobla para perderse de vista. En el centro, una mesita con dos sillas ¿le madera. En la mesita está preparado un desayuno; hay una cafetera para café turco. tazas, panecillos, etc. Pero las tazas han sido usadas y algunos panecillos están empezados. Contra la pared de la derecha hay un banco rústico, de e madera.

Louka, fumando un cigarrillo, está entre la mesita y la casa. Furiosamente desdeñosa, se ha vuelto de espaldas a un criado que la amonesta. Este es un hombre de edad mediana, de temperamento frío y mezquino pero de inteligencia clara y aguda. Tiene la complacencia del sirviente que se coloca en su rango de servidumbre y la imperturbabilidad del calculador que no se hace ilusiones. Lleva un traje búlgaro, blanco, casaca de bordes bordados, faja, calzones cortos y anchos y polainas con adornos. Tiene la cabeza afeitada hasta la coronilla, lo que le deja una frente alta, de aspecto japonés. Se llama Nicola.

NICOLA. - Apréndelo antes de que sea tarde, Louka. Corrige tus modales. Conozco a la señora. Es tan majestuosa que ni siquiera se imagina que un criado se atreva a mostrarse irrespetuoso con ella. Pero en cuanto sospeche que la desafías te pone de patitas en la calle.

LOUKA. - La desafío y la desafiaré. ¿Qué me importa de ella?

NICOLA. -Si riñes con la familia jamás podré casarme contigo. ¡Es como si riñeras conmigo mismo!

LOUKA. -Te pones de su parte contra mí, ¿no es eso?

NICOLA *(calmosamente).* - Siempre dependeré de la buena voluntad de la familia. Cuando abandone el servicio para poner una tienda en Sofía, las compras que me hagan constituirán la mitad de mi capital. Una palabra de ellos sería mi ruina.

LOUKA. -No tienes valor. ¡Ya me gustaría encontrarlos diciendo algo contra mí!

NICOLA *(compasivo).* - Siempre creí que tenías más buen sentido. ¡Pero eres joven, muy joven!

LOUKA. - Sí, y me quieres más por eso, ¿no es verdad? Pero conozco algunos secretos de la familia que no les agradaría que se divulgaran, a pesar de lo joven que soy. ¡Que disputen conmigo si se atreven!

NICOLA *(con superioridad compasiva).* - ¿Sabes qué harían si te oyeran hablar

así?

LOUKA. - ¿Qué?

NICOLA. - Despedirte por embustera. Y después de eso, ¿quién te creería una sola palabra? ¿Quién te daría otra colocación? ¿Quién, en esta casa, se atrevería a ser visto hablando contigo? ¿Cuánto tiempo podría retener tu padre la pequeña finca? *(Louka arroja impacientemente la colilla del cigarrillo y la pisa.)* Chiquilla. No conoces todavía el poder que esa gente encumbrada puede ejercer sobre nosotros cuando tratamos de levantarnos de nuestra pobreza para enfrentarlos. *(Se acerca a ella y baja la voz.)* Mírame. Hace diez años que estoy al servicio de ellos. ¿Piensas que yo no conozco secretos? Sé cosas de la señora que ni por mil levas dejaría ella que las conociera su esposo. Sé cosas de él que tendría para seis meses de riñas con su esposa si ésta se enterara. Sé cosas de Raína que romperían su compromiso con Sergio si...

LOUKA *(volviéndose vivamente hacia él).* - ¿Cómo lo sabes? ¡Yo no te lo dije!

NICOLA *(abriendo astutamente los ojos).* - De modo que ese es tu secretito, ¿eh? Ya me parecía que se trataba de algo por el estilo. Bueno, hazme caso y muéstrate respetuosa. Deja que la señora sienta que, no importa lo que sepas o dejes de saber, puede confiar en que tendrás la lengua quieta y servirás lealmente a la familia. Eso es lo que quieren. Y solamente así podrás sacarles provecho.

LOUKA *(con hiriente sarcasmo).* - Tienes el alma de un criado, Nicola.

NICOLA *(complaciente).* - Sí, ese es el secreto del éxito en la servidumbre.

Se oye el ruido de un mango de látigo que golpea en el portón del corral.

VOZ MASCULINA, AFUERA. - ¡Hola! ¡Eh, Nicola!

LOUKA. -¡El amo! ¡De vuelta de la guerra!

NICOLA *(rápidamente).* -Palabra, Louka, la guerra ha terminado. Véte y trae café fresco. *(Corre hacia el patio del corral.)*

LOUKA *(colocando la cafetera y las tazas sobre la bandeja y llevándolas a la casa).* -Nunca harán que yo tenga alma de criada.

El Comandante Petkoff entra desde el corral, seguido de Nicola. Es un hombre de unos So años, alegre, excitable, insignificante, inculto, naturalmente carente de ambición, salvo en lo que respecta a sus rentas y a su importancia en la sociedad local. Pero ahora está contentísimo con la jerarquía militar que la guerra le ha asignado como personaje distinguido de su pueblo. La fiebre del ardor patriótico, que el ataque servio provocó en todos los búlgaros, lo ha sostenido a través de toda la guerra. Pero,

evidentemente, está satisfecho de volver a su casa.

PETKOFF *(indicando la mesita con la fusta*). - El desayuno aquí, ¿eh?

NICOLA. - Sí, señor. La señora y la señorita Raína acaban de entrar.

PETKOFF *(sentándose y tomando un panecillo).* - Vé a avisarles que he llegado. Y tráeme café fresco.

NICOLA. - Ya viene, señor. *(Se dirige a la puerta de la casa. Louka, con la cafetera, una taza limpia y una botella de coñac, le sale al encuentro.)* ¿Le has avisado a la señora?

LOUKA. - Sí, ya viene.

Nicola entra en la casa. Louka lleva el café a la mesa.

PETKOFF. - Bien, veo que los servios no te han raptado, ¿no es verdad?

LOUKA. -Sí, señor.

PETKOFF. - Bueno. ¿Me has traído un poco de coñac?

LOUKA *(poniendo la botella sobre la mesa.)* - Aquí está, señor.

PETKOFF. -Muy bien. *(Vierte un poco de coñac en el café.)*

Catalina, que a esa hora temprana no ha tenido tiempo más que para hacerse un tocado superficial, lleva un delantal búlgaro sobre un vestido otrora brillante pero ahora un tanto descolorido. Tiene un pañuelo de colores atado sobre la espesa cabellera negra. Sale de la casa con chinelas turcas en los pies desnudos, asombrosamente hermosa y majestuosa a pesar de las circunstancias. Louka entra en la casa.

CATALINA. - ¡Mi querido Pablo, que sorpresa para todos! *(Se inclina sobre el respaldo de la silla de su esposo para besarlo.)* ¿Te han traído café fresco?

PETKOFF. - Sí, ya lo trajo Louka. La guerra ha terminado. Hace tres días se firmó el tratado en Bucarest y ayer fue emitido el decreto de desmovilización de nuestro ejercito.

CATALINA *(irguiéndose vivamente, con los ojos llameantes*). - Pablo, ¿has permitido que los austríacos te obligaran a hacer la paz?

PETKOFF *(humildemente).* - Mi querida, no me consultaron para hacerla. ¿Que podía hacer yo? *(Catalina se sienta y se aparta de él.)* Pero, es claro, se cuidó de que el tratado fuese honroso. Declara la paz...

CATALINA *(ofendida*). - ¡La paz!

PETKOFF *(apaciguándola*) .- …pero no habla de relaciones amistosas, recuérdalo.

Ellos quisieron incluir también la cuestión de la amistad, pero yo insistí en que se eliminara. ¿Que más podía hacer?

CATALINA. - Podrías haber anexado a Servia y hecho Emperador de los Balcanes al príncipe Alejandro. Eso es lo que habría hecho yo.

PETKOFF. - No me cabe la menor duda, querida. Pero antes habría que conquistar todo el Imperio Austríaco y eso me mantendría alejado mucho tiempo de ti. Te eché de menos.

CATALINA *(cediendo).*-¡Ah! (*Extiende afectuosamente la mano a través de la mesita para oprimir la de él.)*

PETKOFF. - ¿Y cómo te ha ido a ti, querida?

CATALINA. - Bah, mis habituales dolores de garganta, eso es todo.

PETKOFF *(con convicción).* - Eso te viene de lavarte el cuello todos los días. Te lo he dicho a menudo.

CATALINA. - ¡Tonterías, Pablo!

PETKOFF *(mientras bebe café y fuma).* -No creo que sea muy bueno eso de llevar demasiado lejos estas costumbres modernas. Todo este lavado no puede ser bueno para la salud. No es natural. En Filipópolis había un inglés que solía mojarse todo el cuerpo por la mañana, cuando se levantaba. ¡Repugnante! Estas cosas nos vienen de los ingleses. El clima de ellos los ensucia de tal modo que tienen que estar continuamente lavándose. ¡Ahí tienes a mi padre! Jamás se bañó en su vida y vivió hasta los noventa y ocho. Era el hombre más sano de toda Bulgaria. No me molesta un buen lavado, una vez por semana, para estar a tono con mi posición. Pero una vez por día es llevar las cosas a un extremo ridículo.

CATALINA. - En el fondo sigues siendo un bárbaro, Pablo. Espero que te hayas portado bien delante de todos esos oficiales rusos.

PETKOFF. - Hice lo que pude. Cuidé de que se enteraran que tenemos una biblioteca.

CATALINA. - ¡Ah, pero no les has dicho que contamos con un timbre eléctrico en ella. Yo lo hice colocar.

PETKOFF. - ¿Qué es un timbre eléctrico?

CATALINA. - Aprietas un botón y algo tintinea en la cocina... y entonces aparece Nicola.

PETKOFF. - ¿Y por qué no llamarlo a gritos?

CATALINA. - La gente civilizada jamás llama a gritos a sus sirvientes. Lo aprendí mientras estabas ausente.

PETKOFF. - Bueno, puedo decirte que yo también he aprendido algo. La gente civilizada no cuelga su ropa a secar donde los visitantes pueden verla. *(Indica la ropa que está sobre los arbustos.).* Así que será mejor que hagas que todo eso sea llevado a otra parte.

CATALINA. - ¡Oh, pero eso es absurdo, Pablo! No creo que la gente realmente refinada advierta tales cosas.

SERGIO *(golpeando en el portón del corral).* - ¡Puerta, Nicola!

PETKOFF. -Ahí está Sergio. (Gritando.) ¡Eh, Nicola!

CATALINA. - ¡Ay, no grites, Pablo! No queda bien.

PETKOFF. - ¡Bah! *(Grita aun más fuerte.)* ¡Nicola!

NICOLA *(apareciendo en la puerta de la casa).* - Sí, señor.

PETKOFF. - ¿Estás sordo? ¿No oyes que llama el comandante Saránoff? Hazlo pasar aquí.

NICOLA. - Sí, comandante. *(Sale a la cuadra.)*

PETKOFF. - Háblale tú, querida, hasta que Raína nos lo quite de encima. Me aburre con sus continuos reproches de que no lo ascendemos. ¡Qué te parece! ¡Quiere tener una jerarquía superior a la mía!

CATALINA. - La verdad es que tendría que ser ascendido cuando se case con Raína. Además el país insistirá en tener al menos un general nacido aquí.

PETKOFF. -Sí, para que pueda lanzar al matadero brigadas enteras, en lugar de regimientos. Es inútil, querida. No tiene la más mínima probabilidad de ser ascendido hasta que no estemos completamente seguros de que la paz será duradera.

NICOLA *(en el portón, anunciando).* - ¡Comandante Sergio Saránoff!

(Entra en la casa y vuelve en seguida con una tercera silla que coloca junto a la mesa. Luego se retira.)

El comandante Sergio Saránoff, el original del retrato que Raína guarda en su alcoba, es un hombre alto, románticamente hermoso, con la temeridad física, el espíritu ardiente y la imaginación susceptible de un indómito caudillo montañés. Pero su notable distinción personal es de un tipo claramente civilizado. El arco de las cejas, que se curva interrogativamente en los extremos; su mirada celosamente

observadora, su nariz, delgada, afilada y recelosa a pesar del belicoso puente alto y de las anchas fosas nasales, su barbilla firme... Todo ello estaría en su ambiente en un salón parisién, prueba de que el inteligente e imaginativo bárbaro ha sido impulsado a una intensa actividad por el arribo de la civilización occidental a los Balcanes. El resultado es exactamente el que el advenimiento del pensamiento del siglo diecinueve produjo en Inglaterra; a saber: el byronismo. Con sus continuas cavilaciones en cuanto al constante fracaso -no sólo de los demás sino de él mismo- de vivir de acuerdo con sus ideales; con su consiguiente desprecio cínico hacia la humanidad; con su estéril credulidad en el valor absoluto de sus conceptos y en la indignidad de un mundo que los desconoce; con sus sobresaltos y sus burlas, producto del pinchazo de mezquinas desilusiones que la vida entre los hombres presenta a su sensible observación, ha adquirido el aire entre trágico e irónico, la misteriosa melancolía, la sugestión de una historia extraña y terrible que no dejó otra cosa que remordimientos imperecederos, de una historia con la que ya Childe Harold fascinaba a las abuelas de sus contemporáneos ingleses. Es evidente que este y no otro debe ser el héroe ideal de Raína. Catalina no está menos entusiasmada que su hija con él y se muestra mucho menos reservada que ella en la exteriorización de tal entusiasmo. Cuando Sergio entra desde la cuadra, Catalina se pone efusivamente de pie para saludarlo. Petkoff está claramente menos dispuesto 4 hacer una alharaca con el recibimiento.

PETKOFF. - ¡Ya aquí, Sergio! Me alegro de verte.

CATALINA. - ¡Mi querido Sergio! *(Le tiende ambas manos.)*

SERGIO (*besándolas con escrupulosa galantería).* -Mi querida madre, si me permite llamarla así.

PETKOFF *(secamente).* - ¡Madre política, Sergio, madre política! Siéntate y toma un poco de café.

SERGIO. - Gracias, no quiero café. *(Se aleja de la mesa, mostrando cierto disgusto ante el placer con que Petkoff toma su desayuno, y se apoya, con cierta dignidad consciente, contra la barandilla de la escalera que conduce a la casa.)*

CATALINA. - Está usted soberbio. La campaña le ha sentado, Sergio. Aquí todos estamos locos con usted. Estamos enardecidos de entusiasmo con esa magnífica carga

de caballería.

SERGIO *(con reposada ironía).* - Señora, esa carga fue la cuna y la tumba de mi reputación militar.

CATALINA. - ¿Cómo?

SERGIO. - Gané la batalla equivocadamente, en tanto que nuestros dignos oficiales rusos estaban perdiéndola con toda corrección. En una palabra, les trastorné los planes y los herí en su amor propio. Dos coroneles cosacos hicieron que sus respectivos regimientos fueran destrozados según los más correctos principios de la ciencia militar. Dos generales de división fueron muertos en completo acuerdo con la etiqueta de la guerra. Los dos coroneles son ahora generales de división. Yo sigo siendo un simple comandante.

CATALINA. - Pero no por mucho tiempo, Sergio. Las mujeres estamos de su parte y trataremos de que se le haga justicia.

SERGIO. -Es demasiado tarde. Sólo he esperado la firma de la paz para presentar mi renuncia.

PETKOFF *(dejando caer la taza, sorprendido*). - ¡Tu renuncia!

CATALINA. - ¡Oh, debe retirarla!

SERGIO *(con énfasis resuelto y medido, cruzándose de brazos).* - Jamás vuelvo sobre mis actos.

PETKOFF *(ofendido).* -Pero, ¿quién habría pensado que harías tal cosa?

SERGIO *(fogoso).* - Todos los que me conozcan. Pero ya basta de mí y de mis asuntos. ¿Cómo está Raína? ¿Dónde está?

RAÍNA *(apareciendo repentinamente por el costado de la casa y deteniéndose en el primero de los escalones del camino).* - Aquí estoy.

Todos se vuelven para mirarla. La joven está encantadora. Lleva un viso de seda verde pálido y sobre él un vestido de delgada tela cruda con bordados de oro. Tiene una elegante toca oriental de lentejuelas de oro. Extiende

la mano con actitud de reina. Sergio la besa, hincando caballerescamente una rodilla en tierra.

PETKOFF *(aparte, a Catalina).* - Hermoso, ¿no te parece? Siempre aparece en el momento oportuno.

CATALINA *(con impaciencia).* -Sí, fisgonea para hacerlo. Es una costumbre abominable.

Sergio conduce a Raína con espléndida galantería. Cuando llegan junto a la mesa ella se vuelve hacia él con una inclinación de cabeza. El joven le hace una reverencia. Se separan; él vuelve a su lugar y Raína se coloca detrás de la silla de su padre.

RAÍNA *(inclinándose y besando a su padre).* - ¡Querido papá! ¡Bienvenido al hogar!

PETKOFF *(palmeándole la mejilla).* - ¡Mi chiquilla mimada! *(La besa. Raína se dirige hacia la silla que Nicola ha dejado para Sergio y se sienta.)*

CATALINA. -De modo que ya no es usted un soldado, Sergio.

SERGIO. - Ya no soy un soldado. La milicia, mi querida señora, es el arte del cobarde, de atacar sin piedad cuando es más fuerte y de ponerse a salvo cuando es más débil. En eso reside todo el secreto de la lucha exitosa: en caer sobre el enemigo cuando éste está en desventaja y en no luchar nunca con él, suceda lo que sucediera, en condiciones de igualdad.

PETKOFF. -No se nos permite hacer de la guerra una lucha honesta, de mano a mano. Me parece que el arte militar es un comercio como cualquier otro.

SERGIO. - Exactamente. Pero yo no tengo ambición alguna de sobresalir como comerciante; de modo que he aceptado el consejo de ese viajante de comercio de capitán, que convino con nosotros, en Pirot, el intercambio de prisioneros, y he abandonado ese tipo de comercio.

PETKOFF. - ¡Qué! ¿Ese suizo? Sergio, he pensado a menudo en ese trueque. Nos engañó con los caballos.

SERGIO. -Ya lo creo que nos engañó. Su padre es dueño de hoteles y de carruajes de alquiler. Y el hijo debe sus primeros progresos a sus conocimientos de chalanería. *(Con entusiasmo fingido.)* ¡Ah, qué soldado; un soldado hecho y derecho! ¡Si en lugar de llevar mi regimiento tontamente al peligro me hubiera dedicado a comprar caballos para el ejército, sería ahora mariscal de campo!

CATALINA. - ¿Un suizo? ¿Qué hace en el ejército servio?

PETKOFF. -Naturalmente, es un voluntario ansioso de ejercer su profesión. (Ahogando una risita.) No podríamos siquiera empezar a luchar si estos extranjeros no nos hubieran enseñado cómo hacerlo. No sabíamos nada de ello y tampoco lo sabían los servios. ¡Por Dios, sin estos mercenarios no habría habido guerra!

RAÍNA. - ¿Hay muchos oficiales suizos en el ejército servio?

PETKOFF. - No. Son todos austríacos, así como los nuestros son todos rusos. Ese

es el único suizo que conozco. Y jamás volveré a confiar en uno de ellos. Nos timó, convenciéndonos de que le cambiáramos cincuenta soldados robustos por doscientos caballos extenuados. ¡Y los animales ni siquiera eran comestibles!

SERGIO. - Fuimos nada más que dos niños en las manos de ese experto soldado, comandante. No más que dos chiquillos inocentes.

RAÍNA. -¿Cómo es él?

CATALINA. - ¡Oh, Raína, qué pregunta tan tonta!

SERGIO. - Es como un corredor de comercio uniformado. ¡Burgués hasta las botas!

PETKOFF (*sonriendo).* - Sergio, cuéntale a Catalina la extraña historia de cómo ese hombre huyó después de Slivnitza, la que nos narró su amigo. ¿Te acuerdas? De cómo lo ocultaron dos mujeres.

SERGIO *(con amarga ironía).* - ¡Ah, sí, toda una aventura! l servía en la misma batería que yo ataqué tan poco profesionalmente. Como era un soldado consumado, huyó con todos los demás, perseguido de cerca por nuestra caballería. Para escapar a nuestros sables trepó por un tubo de desagüe y penetró en el dormitorio de una joven búlgara. La joven quedó fascinada con sus persuasivos modales de viajante de comercio. Él la entretuvo modestamente durante una hora, más o menos. Luego la muchacha llamó a su madre, para que su conducta no pudiera parecer tan incorrecta. También la madre se sintió hechizada por el hombre y el fugitivo partió por la mañana, disfrazado con un viejo abrigo perteneciente al dueño de casa, quien estaba en el ejército, combatiendo.

RAÍNA *(irguiéndose con marcado señorío).* - Tu vida en el campamento te ha hecho tosco, Sergio. Nunca habría creído que pudieras contar ante mí una historia así. *(Se vuelve con frialdad.)*

CATALINA *(poniéndose de pie).* - Tiene razón, Sergio. Si tales mujeres existen debería ahorrársenos el conocimiento.

PETKOFF. - ¡Tonterías! ¿Qué importancia tiene?

SERGIO *(avergonzado).* - No, Petkoff, la culpa es mía. *(A Raína, con sincera humildad.)* Te ruego que me perdones. Me he comportado abominablemente. Perdóname, Raína. *(Ella hace una circunspecta inclinación de cabeza.)* Y usted también, señora. *(Catalina hace una graciosa reverencia y se sienta. El continúa hablando solemnemente, dirigiéndose de nuevo a Raína.)* Lo que he visto del aspecto sucio de la

vida, en los últimos meses, me ha hecho cínico. Pero no debería haber traído mi cinismo aquí y menos aun para exhibirlo en tu presencia, Raína. Yo... *(En ese momento, volviéndose hacia los otros, está evidentemente a punto de engolfarse en un largo discurso, pero el comandante lo interrumpe.)*

PETKOFF. - ¡Bobadas, Sergio! Mucho ruido y pocas nueces. La hija de un soldado debería estar en condiciones de soportar sin remilgos una conversación un poco fuerte. *(Se pone de pie.)* Vaya, es tiempo de que nos pongamos a trabajar. Tenemos que resolver el problema de cómo regresarán a Filipópolis esos tres regimientos. No tendrán posibilidades de forrajear camino de Sofía. *(Se encamina hacia la casa.) Ven. (Sergio se dispone a seguirlo cuando Catalina se levanta e interviene.)*

CATALINA. - ¡Oh, Pablo! ¿No puedes dejarnos a Sergio unos minutos? Raína no ha tenido tiempo de verle. Quizá yo pueda ayudarte a decidir la cuestión de los regimientos.

SERGIO *(protestando).* - Mi querida señora, eso es imposible. Usted ...

CATALINA *(interrumpiéndole juguetonamente).*- Quédese aquí, mi querido Sergio. No hay prisa alguna. Tengo que hablar unas palabras con Pablo. *(Sergio hace inmediatamente una reverencia y retrocede tomando a Petkoff del brazo.)* Y bien, querido, ven a ver el timbre eléctrico.

PETKOFF. - Oh, bueno, bueno.

Entran en la casa juntos, afectuosamente. Sergio, a solas con Raína, la mira ansiosamente, temiendo que todavía esté ofendida. Ella sonríe y le tiende los brazos.

SERGIO *(precipitándose).* - ¿Me has perdonado?

RAÍNA *(posando las manos sobre sus hombros y mi rándolo con admiración e idolatría).* - ¡Mi héroe! ¡Mi rey!

SERGIO. - ¡Mi reina! *(La besa en la frente.)*

RAÍNA. - ¡Cómo te envidiaba, Sergio! Has visto el mundo, has estado en el campo de batalla, en el que te mostraste digno de cualquier mujer de la tierra. Entretanto yo me veía obligada a quedarme inactiva, en casa.. . soñando... inútil... sin hacer nada que pudiera darme derecho a considerarme digna de un hombre.

SERGIO. - Mi queridísima, todas mis acciones han sido tuyas. Tú me inspiraste. ¡He pasado por la guerra como un campeón por una justa, contemplado por su señora!

RAÍNA. - Y nunca estuviste ausente de mis pensamientos, ni siquiera por un instante. *(Con gran solemnidad.)* Sergio, creo que hemos descubierto el verdadero

amor. Cuando pienso en ti siento que jamás podré cometer una acción baja o tener un pensamiento innoble.

SERGIO. - ¡Mi señora y mi santa! *(La abraza respetuosamente.)*

RAÍNA *(devolviendo el abrazo).* - Mi señor y mi ...

SERGIO. - Calla. Deja que yo sea tu esclavo. ¡No sabes cuán indigno es un hombre, el mejor de ellos, de la purísima pasión de una mujer!

RAÍNA.-Tengo confianza en ti. Y te amo. Jamás me desilusionarás, Sergio. *(Se oye a Louka cantando en el interior de la casa. Se separan rápidamente.) No puedo fingir indiferencia delante de ella. Tengo el corazón demasiado henchido. (Louka sale de la casa con su bandeja. Se acerca a la mesa y comienza a sacar las cosas, de espaldas a la pareja.)* Me pondré el sombrero y saldremos hasta la hora del almuerzo. ¿Te agradaría?

SERGIO. - Apresúrate. Si tardas cinco minutos me parecerán cinco horas. *(Raína corre escaleras arriba y se vuelve para cambiar una mirada con Sergio y lanzarse un beso con ambas manos. El la mira un instante, emocionado. Luego se vuelve lentamente, con el rostro radiante de la más elevada exaltación. El movimiento cambia su campo de visión, en el que aparece ahora la punta del delantal doble de Louka. Su atención es atraída inmediatamente. Le lanza una mirada furtiva y comienza a retorcerse maliciosamente el bigote, con la mano izquierda sobre la cadera. Finalmente, golpeando el suelo con los tacones, con la vanidad del soldado de caballería, se dirige hacia el otro lado de la mesa, frente a la joven, y dice:)* Louka, ¿sabes qué es el verdadero amor?

LOUKA *(perpleja).* - No, señor.

SERGIO. - Una cosa demasiado cansadora para sentirla durante mucho tiempo. Muy pronto se siente la necesidad de buscar algún alivio de ella.

LOUKA *(inocentemente).* - ¿No quiere un poco de café, señor? *(Tiende la mano para tomar la cafetera.)*

SERGIO (*apretándosela).* - Gracias, Louka.

LOUKA *(fingiendo que trata de desasirse).* - ¡Oh, señor, usted sabe que no quise hacer eso! ¡Me sorprende!

SERGIO *(apartándose de la mesa y arrastrando a Louka consigo).* -Yo mismo estoy sorprendido, Louka. ¿Qué diría Sergio, el héroe de Slivnitza, si me viera ahora? ¿Qué diría Sergio, el apóstol del amor puro, si me viese? ¿Qué diría la media docena

de Sergios que saltan continuamente en este hermoso cuerpo mío y desaparecen en seguida en él, si nos sorprendiesen? *(Soltándole la mano y deslizándole diestramente el brazo por la cintura.)* ¿Opinas que mi figura es hermosa, Louka?

LOUKA, - Suélteme, señor. Me comprometerá. *(Forcejea. El la retiene inexorablemente.)* Oh, ¿quiere soltarme de una vez?

SERGIO *(mirándola directamente a los ojos).* - No.

LOUKA. - Entonces póngase donde no nos vean. ¿No tiene un poco de buen sentido?

SERGIO. - ¡Ah, esto ya es más razonable! *(La lleva a la puerta del corral, donde no pueden ser vistos desde la casa.)*

LOUKA *(plañidera).* - Puede que me hayan visto desde las ventanas. La señorita Raína estará espiándolo.

SERGIO *(herido, soltándola).* - Ten cuidado, Louka. Puede que sea lo suficientemente bajo como para traicionar al verdadero amor, pero no te atrevas a insultarlo.

LOUKA *(recatadamente).* - Por nada del mundo, señor, se lo aseguro. Y ahora, ¿puedo volver a mis quehaceres, por favor?

SERGIO *(rodeándola nuevamente con el brazo).* - Eres una hechicera provocativa. Si estuvieras enamorada de mí, ¿me espiarías desde las ventanas?

LOUKA. - Bueno, señor, ¿sabe?, como usted dice que es media docena de caballeros al mismo tiempo, tendría mucho que espiar.

SERGIO *(encantado).* - Tan ingeniosa como bonita. *(Trata de besarla.)*

LOUKA *(esquivándolo).* - No, no quiero sus besos. Los nobles son todos iguales: usted me hace el amor a espaldas de la señorita Raína y ella hace lo mismo a espaldas de usted.

SERGIO *(retrocediendo un paso).* - ¡Louka!

LOUKA. - Eso demuestra cuán poco les importa.

SERGIO *(abandonando su familiaridad y hablando con helada cortesía).* - Si nuestra conversación debe continuar, Louka, me harás el favor de recordar que un caballero no discute la conducta de su prometida con la criada de ésta.

LOUKA.-Es tan difícil saber qué considera correcto un caballero... Por su forma de querer besarme me pareció que había dejado de mostrarse tan puntilloso.

SERGIO *(apartándose de ella y golpeándose la frente mientras entra nuevamente*

en el jardín). - ¡Demonio! ¡Demonio!

LOUKA. - ¡Ja, ja! Creo que uno de los seis caballeros que lo componen se parece mucho a mí, señor, aunque no soy más que la criada de Raína. *(Vuelve a su trabajo en la mesa, sin hacer ya caso de él.)*

SERGIO *(para sí).* - ¿Cuál de los seis es el verdadero? Eso es lo que me atormenta. Uno de ellos es un héroe, el otro un bufón, el tercero un farsante, el otro quizá tenga algo de pillastre. *(Hace una pausa, mira furtivamente a Louka y agrega, con profunda amargura.)* Y por lo menos uno es un cobarde, celoso como todos los cobardes. *(Se acerca a la mesa.)* Louka.

LOUKA. - ¿Sí?

SERGIO. - ¿Quién es mi rival?

LOUKA. - jamás me arrancará ese nombre, por más que haga.

SERGIO. - ¿Por qué?

LOUKA. - No importa por qué. Además usted diría que yo se lo había contado y yo perdería mi puesto.

SERGIO *(extendiendo la diestra en señal de afirmación*). - ¡No! Por el honor de... *(se contiene y. deja caer la mano, enervada, mientras continúa, sardónicamente)* ... un hombre capaz de comportarse como me he comportado en los últimos cinco minutos. ¿Quién es él?

LOUKA. -No lo sé. Nunca lo he visto. Apenas es cuché su voz a través de la puerta del cuarto de ella.

SERGIO. - ¡Maldición! ¿Cómo te atreves?

LOUKA *(retrocediendo).* - ¡Oh, no quise decir nada malo! No tiene derecho a interpretar mis palabras de ese modo. La señora lo sabe todo. Y le aseguro que si ese caballero vuelve alguna vez a esta casa, la señorita Raína se casará con él, lo quiera él o no lo quiera. Conozco la diferencia que existe entre el comportamiento que fingen usted y la señorita y el comportamiento real.

Sergio se estremece como si ella lo hubiese apuñaleado. Luego, endureciendo las facciones, se acerca torvamente a ella y la toma de los brazos, por encima del codo, con ambas manos.

SERGIO. - Escúchame.

LOUKA *(retrocediendo).* - No tan fuerte; me hace daño.

SERGIO. - No importa. Has mancillado mi honor haciéndome cómplice de tu

fisgoneo. Y has traicionado a tu ama.

LOUKA *(retorciéndose).* - Por favor...

SERGIO. - Y eso demuestra que eres un abominable terrón del barro común, con el alma de una sirvienta.

(La suelta como si fuese una cosa impura y se vuelve, limpiándose las manos, al banco que está junto a la pared, donde se sienta con la cabeza vuelta para no verla, cavilando lúgubremente.)

LOUKA *(gimoteando furiosamente, con las manos dentro de las mangas del vestido, palpándose los brazos magullados).* - Sabe lastimar tan bien con la lengua

como con las manos. Pero no me importa; ahora he descubierto que, cualquiera sea el barro que me forma, usted está hecho del mismo. En cuanto a ella, es una embustera. Sus magníficos modales son una patraña y yo valgo por seis como ella. (*Desecha valientemente el dolor que siente, yergue la cabeza y continúa poniendo la vajilla en la bandeja.)*

El la mira con aspecto de duda. Louka termina de cargar la bandeja y dobla el mantel sobre ésta, como para llevarse todo junto. Cuando se inclina para levantar el servicio él se pone de pie.

SERGIO. - ¡Louka! *(ella se detiene y lo mira con gesto desafiante.)* Un caballero no tiene el derecho de lastimar a una mujer, suceda lo que sucediere. *(Con profunda humildad, descubriéndose.)* Te pido perdón.

LOUKA . - Esa clase de disculpa puede satisfacer a una dama. Pero, ¿de qué sirve a una criada?

SERGIO *(bruscamente herido en su caballerosidad, la deja a un lado con una amarga carcajada y dice despreciativamente).* - ¡Ah! ¿Quieres que te pague por la ofensa? *(Se pone el morrión y saca dinero del bolsillo.)*

LOUKA *(con los ojos involuntariamente llenos de lágrimas).* -No, quiero que le pida perdón a mi herida.

SERGIO *(calmado por el tono de ella).* - ¿Cómo?

Louka se enrolla la manga izquierda, se sostiene el brazo con la mano derecha y se mira la magulladura. Luego levanta la cabeza y mira rectamente a Sergio. Finalmente, con un gesto de soberbia, extiende el brazo para que le sea besado. Asombrado, él observa a Louka, a su brazo, a Louka nuevamente. Vacila. Luego, con estremecida intensidad, exclama ¡Nunca! y se aparta de ella todo lo que puede.

Louka deja caer el brazo. Sin una palabra, con dignidad natural, toma la bandeja y está a punto de entrar en la casa cuando Raína sale de ella, llevando un sombrero y una chaqueta a la moda viniera de 1885, el año anterior. Louka le cede el paso orgullosamente y luego entra en la casa.

RANA. - Estoy preparada. ¿Que ocurre? (*Alegremente*.) ¿Has estado coqueteando con Louka?

SERGIO *(apresuradamente).* - No, no. ¿Cómo puedes pensar una cosa así?

RAÍNA *(avergonzada de sí misma).* - Perdóname, querido. No fue más que una broma. Hoy soy muy dichosa.

El se acerca rápidamente a ella y le besa la mano con remordimiento. Catalina sale y los llama desde la parte superior de la escalera.

CATALINA *(descendiendo).*-Lamento molestarlos, hijos, pero Pablo está aturullado con esos tres regimientos. No sabe cómo enviarlos a Filipópolis y se opone a todas mis sugerencias. Usted tiene que ir a ayudarlo, Sergio. Está en la biblioteca.

RAÍNA *(desilusionada).* - Pero íbamos a hacer un paseo...

SERGIO. - No tardare. Espérame cinco minutos. *(Sube corriendo los escalones.)*

RAÍNA *(siguiéndolo hasta el pie de las escaleras y mirándolo con coquetería tímida).* - Daré la vuelta a la casa y te esperaré ante las ventanas de la biblioteca. Haz lo posible para que papá me advierta. Si tardas un instante más de cinco minutos, entrare y te llevaré conmigo, con regimientos o sin ellos.

SERGIO *(riendo).* - Muy bien. *(Entra.)*

Raína lo contempla hasta que desaparece. Luego, con un cambio perceptible en los modales, comienza a pasearse por el jardín, sumida en profundas meditaciones.

CATALINA. - ¡Mira que eso de encontrarse con el suizo y de enterarse de toda la historia... ! Lo primero que tu padre pidió fue el abrigo viejo que le dimos para que se fuera. ¡En buen lío nos has metido!

RAÍNA *(contemplando pensativamente la grava mientras camina).* - ¡El animal!

CATALINA. - ¿Animal? ¿Qué animal?

RAÍNA. - ¡Lo contó todo! ¡Ah, si lo tuviera aquí lo rellenaría de bombones de crema hasta que no pudiera volver a hablar nunca más!

CATALINA. -No digas esas cosas. Díme la verdad, Raína. ¿Cuánto tiempo estuvo en tu cuarto antes de que vinieras a buscarme?

RAÍNA *(volviéndose bruscamente y recomenzando su paseo en dirección*

opuesta). - Oh, me he olvidado.

CATALINA. - ¡Es imposible! ¿Es verdad que trepo a tu cuarto cuando los soldados se fueron, o ya estaba allí cuando el oficial registro la alcoba?

RAÍNA. - No. Sí. Creo que ya estaba allí entonces.

CATALINA. - ¡Crees! ¡Oh, Raína, Raína! ¿Cuándo se rás un poco más sincera? Si Sergio se entera, todo habrá terminado entre ustedes.

RAÍNA *(con impertinencia fría).* - Bah, ya sé que Sergio es tu preferido. A veces me gustaría que fueras tú la que se casara con él. Tú serías la esposa perfecta. Lo mimarías, lo halagarías, serías como una madre para él.

CATALINA *(abriendo enormemente los ojos).* - ¡Bueno, esto es demasiado!

RAÍNA *(caprichosamente, casi para sí).* -Siempre siento tentaciones de hacerle o decirle algo horrible... para conmoverlo en su decoro, para escandalizarlo... *(A Catalina, perversa.)* No importa si se entera del soldado de chocolate o no. Y hasta lo deseo. *(Se vuelve nuevamente y se aleja petulantemente por el sendero, hacia la esquina de la casa.)*

CATALINA. - ¿Y qué quieres que le diga a tu padre, por favor?

RAÍNA *(por sobre el hombro, desde el segundo de los dos escalones).* - ¡Oh, pobre papá! ¡Como si sirviera de algo! *(Vuelve la esquina y desaparece.)* .

CATALINA *(la mira y siente que le hormiguean los dedos).* - ¡Ah, si tuviera diez años menos! *(Louka sale de la casa con una bandeja, que lleva colgando a un costado.)* ¿Bien?

LOUKA. - Acaba de llegar un caballero, señora. Un oficial servio.

CATALINA *(enardecida).* - ¡Un servio! ¿Y cómo se atreve a... ? *(Conteniéndose, amargamente.)* Oh, me olvidaba. Ahora estamos en paz. Supongo que ahora vendrán todos los días a presentar sus respetos. Bueno, si es un oficial, ¿por qué no lo anuncias a tu amo? Está en la biblioteca con el comandante Saránoff. ¿Por qué me lo dices a mí?

LOUKA . - Porque él quiere verla a usted, señora. Y creo que ni sabe quién es usted. Pregunto por la señora de la casa. Y me dio este billetito para que se lo entregara. *(Saca del seno una tarjeta, la pone en la bandeja y extiende ésta a Catalina.)*

CATALINA *(leyendo).* - ¿Capitán Bluntschli? Es un apellido alemán.

LOUKA. - Creo que es suizo, señora.

CATALINA *(con un brinco que hace retroceder a Louka).* - ¿Suizo? ¿Cómo es él?

LOUKA *(tímidamente).* - Lleva una gran bolsa de viaje, señora.

CATALINA. - ¡Oh, cielos! Ha vuelto para devolver el abrigo. Díle que se vaya, que no estamos en casa. Pídele que deje su dirección y yo le escribiré. Espera, eso no servirá. ¡Un momento! *(Se deja caer en la silla para pensar. Louka aguarda.)* El amo y el comandante Saránoff están ocupados en la biblioteca, ¿no es cierto?

LOUKA . -Sí, señora.

CATALINA. - ¿Está cerrada la puerta de la biblioteca?

LOUKA. - Creo que sí, señora.

CATALINA. - Si no lo está, ciérrala al pasar.

LOUKA. -Sí, señora. *(Yéndose.)*

CATALINA.- ¡Espera! *(Louka se detiene.)* Tendrá que salir por allí. *(Indicando la puerta de la cuadra.)* Díle a Nicola que traiga aquí la maleta. No te olvides.

LOUKA *(sorprendida).* - ¿La maleta?

CATALINA. - Sí, aquí; lo antes posible. *(Con vehemencia.)* ¡Apresúrate! *(Louka corre a la casa. Catalina se quita bruscamente el delantal y lo arroja detrás de un arbusto. Toma luego la bandeja y la usa de espejo, de resultas de lo cual el pañuelo que lleva atado a la cabeza sigue el camino del delantal. Un toque a su cabello y otro a su vestido la tornan presentable.)* ¡Oh! ¿Cómo, cómo, cómo un hombre puede ser tan tonto? ¡Escoger justamente este momento... ! *(Louka aparece en la puerta de la casa, anunciando al capitán Bluntschli. Se aparta para dejarlo pasar antes de volver a entrar. El capitán es el hombre de la aventura de medianoche del cuarto de Raína. Está limpio, cepillado, lleva un elegante uniforme y ya no se encuentra en dificultades, pero es, inconfundiblemente, el mismo hombre. En cuanto Louka desaparece, Catalina se precipita hacia él impetuosa, ansiosa, aduladoramente suplicante.)* Capitán Bluntschli, me alegro de volver a verlo, pero es preciso que se vaya inmediatamente de aquí. *(El enarca las cejas.)* Mi esposo acaba de regresar con mi futuro yerno. Y no saben nada. Si se enteraran de algo las consecuencias serían terribles. Usted es un extranjero y no siente como nosotros nuestras animosidades nacionales. Todavía odiamos a los servios. El efecto de la paz sobre mi esposo no servio más que para hacerlo sentirse como un león al que han arrebatado su presa. Si descubre nuestro secreto jamás me perdonará. Como caballero y militar que usted es, ¿quiere irse inmediatamente, antes de que él lo encuentre aquí?

BLUNTSCHLI *(desilusionado pero filosófico).* - Al punto, encantadora señora. Sólo vine para agradecerle y devolverle el abrigo que me prestó. Si me permite sacarlo del bolso y entregárselo a su criado cuando salga, no la molestaré más. *(Se vuelve para entrar en la casa.)*

CATALINA *(tomándolo de la manga).* - ¡Oh, no salga por ese lado! *(Llevándolo lagoteramente hacia la puerta del corral.)* Este es el camino más corto para salir. Muchas gracias. Me alegro de haberle podido ser útil. Adiós.

BLUNTSCHLI. - Pero, ¿y mi bolsa?

CATALINA. - Se la enviaremos. Déjeme su dirección.

BLUNTSCHLI. - Es cierto. Permítame. *(Extrae el tarjetero y se detiene a escribir su dirección, sumiendo a Catalina en un tormento de impaciencia. Cuando le entrega la tarjeta, Petkoff, en cabeza, sale presuroso de la casa, en un torbellino de hospitalidad, seguido de Sergio.)*

PETKOFF *(mientras desciende precipitadamente).*- Mi querido capitán Bluntschli...

CATALINA. - ¡Oh, cielos! (*Se deja caer en el asiento adosado a la pared.)*

PETKOFF *(demasiado preocupado como para advertirlo mientras aprieta vigorosamente la mano de Blutschli).* - Estos idiotas de mis criados creyeron que estaba aquí y no sabían que me encontraba en la -¡ejem!- biblioteca. *(No puede mencionar la biblioteca sin traicionar cuán orgulloso está de ella.)* Lo vi por la ventana. Me asombró que no entrara. Saránoff está conmigo. Se acuerda de él, ¿no es verdad?

SERGIO *(saludando alegremente y extendiendo luego la mano con encantadores ademanes).* - ¡Bienvenido nuestro amigo el enemigo!

PETKOFF. - Ya no somos enemigos, por suerte. *(Con cierta ansiedad.)* Espero que esta sea una visita amistosa y no se relacione con caballos o prisioneros.

CATALINA. - Oh, completamente amistosa, Pablo. Acabo de invitar al capitán Bluntschli a que se quede a almorzar, pero insiste en que debe irse inmediatamente.

SERGIO *(irónicamente).* - Imposible, Bluntschli. Lo necesitamos. Debemos enviar tres regimientos de caballería a Filipópolis y no tenemos la más mínima idea de cómo se hace.

BLUNTSCHLI *(repentinamente atento y práctico).* - ¿Filipópolis? Supongo que la dificultad estará en el forrajeo.

PETKOFF *(ansiosamente).* - Sí, eso mismo. *(A Sergio.)* Se ha hecho cargo de la cuestión inmediatamente.

BLUNTSCHLI. - Creo que puedo enseñarles cómo hacerlo.

SERGIO. - ¡Hombre inapreciable! ¡Venga! *(Irguiéndose ante Bluntschli, le pone una mano sobre el hombro y lo lleva hacia las escaleras, seguido de Petkoff.)*

Raína sale de la casa en el momento en que Bluntschli pisa el primer escalón.

RAÍNA. - ¡Oh! ¡El soldado de chocolate!

Bluntschli se queda inmóvil. Sergio, perplejo, mira a Raína y luego a Petkoff, quien le devuelve la mirada y contempla luego a su esposa.

CATALINA *(con extraordinaria presencia de ánimo).* - Mi querida Raína, ¿no ves que tenemos un invitado? El capitán Bluntschli, uno de nuestros nuevos amigos servios.

Raína y Bluntschli intercambian reverencias.

RAÍNA. - ¡Tonta de mí! *(Baja hasta colocarse en el centro del grupo, entre Bluntschli y Petkoff .)* Esta mañana hice un magnífico adorno para el budín helado y el tonto de Nicola acaba de arruinarlo poniéndole encima una pila de platos. *(A Bluntschli, zalameramente.)* Espero que no haya creído que usted era el soldado de chocolate a quien me refería, capitán Bluntschli.

BLUNTSCHLI *(riendo).* - Pues le aseguro que me lo creí. *(Lanzándole una mirada significativa.)* Su explicación fue un alivio.

PETKOFF *(suspicaz, a Raína).* - ¿Y desde cuándo, me agradaría saber, te dedicas a la cocina?

CATALINA. - Comenzó a hacerlo en tu ausencia. Es su última manía.

PETKOFF *(quisquilloso).* - ¿Y acaso Nicola se dedica ahora a la bebida? Solía ser muy cuidadoso. Primero hace pasar al capitán Bluntschli aquí, cuando sabe perfectamente que estoy en la biblioteca. Luego baja y destroza el soldado de chocolate de Raína. Debe estar... *(Nicola aparece en la escalera con la maleta. Desciende, la coloca respetuosamente ante Bluntschli y espera nuevas órdenes. Asombro general. Nicola, inconsciente del efecto que ha causado, parece altamente satisfecho consigo mismo. Petkoff recobra el habla y estalla.)* ¿Estás loco, Nicola?

NICOLA *(anonadado).* - ¿Señor?

PETKOFF. - ¿Para que traes eso?

NICOLA. - órdenes de mi señora, comandante. Louka me dijo que...

CATALINA *(interrumpiéndolo).* - ¿Mis órdenes? ¿Para que habría yo de pedir que trajeran aquí el equipaje del capitán Bluntschli? ¿Que te ocurre, Nicola?

NICOLA *(luego de un momento de consternación, recoge la maleta y se dirige a Bluntschli con una correcta discreción servil).* - Le ruego que me perdone, capitán.

(A Catalina.) Una equivocación mía, señora; espero que la disimule. *(Hace una reverencia y se encamina a la escalera con la maleta, cuando Petkoff le grita furiosamente.)*

PETKOFF. - ¡Y a ver si también dejas caer ese saco de viaje sobre el budín helado de la señorita Raína! *(Esto ya colma la medida para Nicola. La maleta se le cae de la mano, casi sobre el pie de su amo, arrancando a éste un rugido, de:)* ¡Véte de aquí, asno, manos de manteca!

NICOLA *(tomando apresuradamente la valija y entrando en la casa).* - Sí, comandante.

CATALINA. - Oh, no tiene importancia, Pablo; no te enojes.

PETKOFF *(bramando).* - ¡Granuja! Se ha echado a perder en mi ausencia. Ya le enseñaré. ¡Granuja del demonio! ¡El próximo sábado, de patitas a la calle! Limpiaré toda la casa de... *(Es aplacado por las caricias de su esposa e hija, que se le prenden del cuello.)*

CATALINA — Vaya, vaya, no te enojes. No lo hizo adrede. Tranquilízate.

juntas

RAÍNA — Para complacerme, querido. Shh...! ¡Bueno, por favor! No te enojes el primer día que pasas en casa. Haré otro budín helado. ¡Chitón!

PETKOFF *(cediendo).* - Oh, bueno, no importa. Venga Bluntschli. Y que no se vuelva a hablar de irse. De sobra sabe que todavía no regresará a Suiza. Y hasta que lo haga se quedará con nosotros.

RAÍNA. - Sí, por favor, capitán Bluntschli.

PETKOFF *(a Catalina).* -Vaya, Catalina, a ti es a quien teme. Insístele y se quedará.

CATALINA. -Por supuesto, me alegraría muchísimo, siempre que *(suplicante)* el capitán Bluntschli realmente desee quedarse. El sabe cuáles son mis deseos.

BLUNTSCHLI *(en su más seco estilo militar).* – Estoy a las órdenes de la señora.

SERGIO *(cordialmente).* - ¡Esto lo arregla todo!

PETKOFF *(sinceramente).* - ¡Es claro!

RAÍNA. -Ya ve que está obligado a quedarse.

BLUNTSCHLI *(sonriendo).* - Bien, si es preciso me quedaré.

Gesto de desesperación de Catalina.

FIN DEL ACTO II

ACTO III

En la biblioteca, después del almuerzo. La biblioteca no es gran cosa. Su equipo literario consiste en un solo anaquel fijo, con viejas novelas en rústica, de lomos rotos, manchadas de café, rasgadas, estropeadas, y en un par de estantes suspendidos que albergan algunos libros recibidos de regalo. El resto de la pared está ocupado por trofeos de guerra y de cacerías. Pero es una estancia sumamente cómoda. Tres grandes ventanales dejan ver un paisaje montañoso que ahora, con la suave luz del atardecer, muestra uno de sus aspectos más amistosos. En el rincón, junto al ventanal de la derecha, hay una estufa cuadrada, perfecta torre de reluciente porcelana, que se eleva casi hasta el cielo raso y garantiza la tibieza de la habitación. La otomana se parece a la que hay en el dormitorio de Raína y tiene una ubicación similar. Los asientos bajo las ventanas están cargados de cojines adornados. Hay, empero, un objeto que está en desacuerdo con el resto del moblaje. Se trata de una mesita de cocina, bastante destartalada, y a la que un viejo cacharro lleno de plumas de escribir, una huevera con tinta y un deplorable trozo de papel secante deteriorado, color rosa, convierten en una mesa de trabajo.

Al costado de esta mesita, ubicada a la izquierda de quien se ponga de frente a la ventana, Bluntschli está atareadísimo, con un par de mapas ante sí, redactando órdenes. Sergio, sentado a la cabecera del escritorio, también debería estar trabajando, pero en realidad mordisquea una pluma y contempla los rápidos, seguros y prácticos progresos del trabajo de Bluntschli con una mezcla de envidiosa irritación ante su propia incapacidad y una admiración respetuosa hacia lo que para él es una habilidad casi milagrosa, aunque el carácter prosaico de la misma le impida estimarla abiertamente. El comandante está cómodamente ubicado en la otomana, con un periódico en la mano y el tubo de su narguile al alcance de la mano. Catalina está sentada ante la estufa, de espaldas a ellos, bordando. Raína, reclinada en el diván, contempla soñadoramente el paisaje balcánico, con una novela olvidada en su regazo.

La puerta está del mismo lado que la estufa, más alejada de la ventana. El botón del timbre eléctrico se encuentra en el lado opuesto, detrás de Bluntschli.

PETKOFF *(levantando la mirada de su periódico para ver cómo sigue el trabajo).*

- ¿Está seguro de que no puedo ayudarlos en nada, Bluntschli?

BLUNTSCHLI *(sin interrumpir el trabajo ni alzar la cabeza).* -Completamente seguro, gracias. Saránoff y yo lo haremos.

SERGIO *(hoscamente).* - Sí, lo haremos. Él descubre lo que hay que hacer, redacta las órdenes y yo las firmo. ¡División de trabajo! *(Bluntschli le entrega un documento.)* ¿Otro? Gracias. *(Coloca el papel ante sí, ubica la silla en cuidadoso paralelismo al pliego y firma, con la mejilla apoyada sobre el codo y la lengua, asomada, siguiendo los movimientos de la pluma.)* Esta mano está más acostumbrada a la espada que a la pluma.

PETKOFF. -Es una bondad de su parte, Bluntschli, se lo aseguro, molestarse de ese modo. Pero, ¿está perfectamente seguro de que no puedo serle de alguna utilidad?

CATALINA *(en tono bajo, de advertencia).* - Podrías dejar de interrumpir, Pablo.

PETKOFF *(sobresaltándose y mirándola).* - ¿Eh? ¡Ah! Muy cierto, mi amor, muy cierto. *(Toma nuevamente el periódico, pero pronto lo deja caer.)* Ah, tú no has estado en campaña, Catalina. No sabes cuán agradable es estar sentado aquí, después de un buen almuerzo, sin otra cosa que hacer que divertirnos. No necesito más que una cosa para sentirme completamente cómodo.

CATALINA. - ¿Que?

PETKOFF. -Mi vieja casaca. No me siento bien con esta. Me parece estar en un desfile.

CATALINA. - ¡Mi querido Pablo, cuán absurdo te muestras con esa casaca vieja! Debe estar colgada en el armario azul, donde la dejaste.

PETKOFF. -Mi querida Catalina, te digo que ya la he buscado allí. ¿Es que ya no puedo dar crédito a mis ojos? *(Catalina se pone de pie y cruza la estancia para oprimir el botón del timbre eléctrico.)* ¿Para que exhibes ese timbre? (*Ella lo mira majestuosamente y vuelve en silencio a su silla y a su bordado.)* Mi querida, si crees que la obstinación de tu sexo puede convertir los dos vestidos viejos de Raína, tu impermeable y el mío, en una chaqueta, estás equivocada. Porque eso es exactamente lo que por ahora contiene el armario.

Aparece Nicola.

CATALINA. - Nicola, ve al armario azul y trae la casaca vieja de tu amo, esa bordada, que usa de entrecasa.

NICOLA. - Sí, señora. *(Sale.)*

PETKOFF. - Catalina.

CATALINA. - Sí, Pablo.

PETKOFF. - Te apuesto cualquier joya que quieras comprar en Sofía, contra el dinero que gastas en una semana en la casa, a que la chaqueta no está ahí.

CATALINA. - ¡Aceptado, Pablo!

PETKOFF *(excitado por las perspectivas del fuego).* - Vaya, he aquí una oportunidad de divertirnos. ¿Quién quiere apostar? Bluntschli, le doy seis contra uno.

BLUNTSCHLI *(imperturbable).* - Sería robarle el dinero, comandante. La señora debe de estar *segura. (Sin levantar la mirada entrega otro fajo de papeles a Sergio.)*

SERGIO *(también excitado).* -¡Muy bien, Suiza! Comandante, apuesto mi mejor caballo de guerra contra una yegua árabe para Raína a que Nicola encuentra la chaqueta en el armario azul.

PETKOFF (*con ansiedad).* -Tu mejor ca...

CATALINA *(interrumpiéndolo con apuro).* -No seas tonto, Pablo. Una yegua árabe te costaría 50.000 levas.

RAÍNA *(saliendo de pronto de su pintoresco ensueño).* -En verdad, mamá, si piensas aceptar las joyas no veo por qué me mezquinas la yegua.

Nicola regresa con la prenda y se la entrega a Petkoff, que apenas puede creer lo que ve.

CATALINA. - ¿Dónde estaba, Nicola?

NICOLA. - Colgada en el armario azul, señora.

PETKOFF. - ¡Bueno, ca... !

CATALINA *(interrumpiéndolo).* - ¡Pablo!

PETKOFF. - Habría jurado que no estaba ahí. La edad comienza a producir sus efectos sobre mí. Tengo alucinaciones. *(A Nicola.)* Vaya, ayúdeme a cambiarme. Perdóneme, Bluntschli. *(Comienza a cambiarse de saco, ayudado por Nicola.)* Recuerda, Sergio, que no acepté tu apuesta. Será mejor que tú mismo le regales la potranca árabe a Raína, ya que le has despertado las ilusiones. ¿Eh, Raína? *(La mira, pero la joven está nuevamente absorta en la contemplación del paisaje. Con un pequeño acceso de afecto y orgullo paternal, llama la atención de los hombres hacia su hija y dice:)* Está soñando, como de costumbre.

SERGIO. - Seguramente no será ella la que salga perdiendo.

PETKOFF. - Tanto mejor para ella. Tampoco a mi me saldrá muy barato. *(El*

cambio es ahora completo. Nicola sale con la otra chaqueta.) Ah, por fin me siento cómodo. *(Se sienta y toma su periódico con un gruñido de satisfacción.)*

BLUNTSCHLI *(a Sergio, entregándole un papel).* - Esta es la última orden.

PETKOFF *(dando un respingo).* - ¡Qué! ¿Ya terminaron?

BLUNTSCHLI. - Terminamos.

PETKOFF *(con pueril envidia).* - ¿No hay nada que yo tenga que firmar?

BLUNTSCHLI. -No es necesario. Bastará la firma de él.

PETKOFF *(hinchando el pecho y golpeándoselo).* - ¡Ah, bueno, creo que hemos dado fin a una buena jornada de trabajo. ¿Puedo hacer algo más?

BLUNTSCHLI. - Será mejor que ambos hablen con los que llevarán estas órdenes. *(Sergio se pone de pie.)* Háganlos partir inmediatamente e indíquenles que he marcado en las órdenes la hora en que deben entregarlas. Díganles que si se detienen a beber o a charlar... si se retrasan aunque sólo sea cinco minutos, les arrancarán la piel de la espalda.

SERGIO *(atiesándose, indignado).*-Ya lo creo. *(Se dirige a la puerta.)* Y si cualquiera de ellos es tan hombre como para escupirme en la cara por insultarle, le comprare la licencia y le daré una pensión. *(Sale.)*

BLUNTSCHLI *(confidencialmente).* - Cuide de que ha

ble correctamente con ellos, comandante, ¿quiere?

PETKOFF *(oficiosamente).* - Muy bien, Bluntschli, muy bien. Yo atenderé ese asunto. *(Se dirige a la puerta con aire importante, pero, ya en el umbral, vacila.)* De paso, Catalina, será mejor que tú también vengas. Te tendrán más respeto a ti que a mí.

CATALINA *(dejando su bordado*). - Ya lo creo que será mejor. Tú no harías más que balbucear con ellos. *(Sale. Petkoff mantiene la puerta abierta para dejarla pasar y luego la sigue.)*

BLUNTSCHLI. - ¡Que ejercito! ¡Hacen los cañones con madera de cerezo y los oficiales piden a sus esposas que mantengan la disciplina! *(Comienza a plegar y ordenar los papeles. Raína, que se ha levantado del diván, camina lentamente por el cuarto, las manos a la espalda, y lo mira maliciosamente.)*

RAÍNA. - Está usted mucho más apuesto que cuando nos vimos la última vez. (*El levanta la mirada, sorprendido.)* ¿Que ha hecho para conseguirlo?

BLUNTSCHLI. - Me lave, me cepille. Dormí bien y me desayune. Eso es todo.

RAÍNA. - ¿Llegó a salvo esa mañana?

BLUNTSCHLI. -Perfectamente, gracias.

RAÍNA. - ¿Se enojaron con usted porque huyó ante la carga de Sergio?

BLUNTSCHLI *(sonriendo).* - No, se alegraron, porque también ellos habían huído.

RAÍNA *(acercándose a la mesa e inclinándose sobre ella hacia él).* - Debe de haber sido una historia encantadora esa de mi cuarto y mi intervención.

BLUNTSCHLI. - Una historia de primera. Pero solamente se la conté a uno de ellos, un amigo íntimo.

RAÍNA. ¿En cuya discreción podía confiar absolutamente?

BLUNTSCHLI. - Absolutamente.

RAÍNA. - Hmmm El se lo contó a mi padre y a Sergio, el día que se celebró el intercambio de prisioneros. *(Se vuelve y se encamina negligentemente al otro extremo del cuarto.)*

BLUNTSCHLI *(profundamente preocupado y casi incrédulo).* -¡No! No lo dice en serio, ¿no es cierto?

RAÍNA *(volviéndose, con repentina sinceridad).* – Por cierto que sí. Pero no saben que es en esta casa donde usted se refugió. Si Sergio se enterara de ello lo retaría a duelo y lo mataría.

BLUNTSCHLI. - ¡Caramba! Entonces no se lo diga.

RAÍNA. - Por favor, un poco de seriedad, capitán Bluntschli. ¿No se da cuenta de lo que significa para mí tener que engañarlo? Quiero ser perfecta para Sergio; nada de bajezas, nada de mezquindades, nada de engaños. Mis relaciones con él son la única parte realmente hermosa y noble de mi vida. Espero que lo entienda.

BLUNTSCHLI *(escéptico)* - Quiere decir que no le agradaría que el descubriera que la historia del budín helado era una... una... una... Ya sabe que.

RAÍNA *(con un respingo).* - ¡Ah, no hable de eso con tanta superficialidad! Mentí, lo sé. Pero lo hice para salvar su vida. £1 lo habría matado. Y esa fue la segunda vez en mi vida que dije una mentira. *(Bluntschli se levanta rápidamente y la mira con aire de duda y con cierta severidad.)* ¿Recuerda la primera vez?

BLUNTSCHLI. -¿Yo? No. ¿Estaba presente?

RAÍNA. -Sí. Y yo le dije al oficial que lo buscaba que usted no estaba en mi cuarto.

BLUNTSCHLI. - Es verdad. Debería haberlo recordado.

RAÍNA *(alentada).* - Ah, es natural que usted sea el primero en olvidarlo. No le costó nada. Pero a mí me costó un embuste. ¡Un embuste!

Se sienta en la otomana, mirando rectamente ante sí, con las manos tomadas de la rodilla. Bluntschli, conmovido, se acerca a la otomana con ademán sumamente tranquilizador y respetuoso y se sienta junto a ella.

BLUNTSCHLI. - Mi querida joven, no se preocupe por eso. No olvide que soy un soldado. Pues bien, ¿cuáles son las dos cosas que suceden tan a menudo a un soldado que deja de advertirlas? Una de ellas es oír a la gente decir mentiras. *(Raína retrocede.)* La otra es que toda clase de gente le salve la vida en todas las formas imaginables.

RAÍNA *(irguiéndose, en indignada protesta).* - A tal punto que se convierte en una criatura incapaz de sentir fe y gratitud.

BLUNTSCHLI *(haciendo una mueca).* - ¿Acaso le agrada la gratitud? A mí no. Si la piedad se parece al amor, la gratitud se parece a lo otro.

RAÍNA. - ¿La gratitud? *(Volviéndose hacia él.)* Si es incapaz de sentir gratitud, es incapaz, entonces, de cualquier otro sentimiento noble. Hasta los animales son agradecidos. ¡Ah, ahora entiendo exactamente cómo me juzga! No se sorprendió de escucharme mentir. ¡Era para usted algo que yo hacía probablemente todos los días, a toda hora! Eso es lo que los hombres piensan de las mujeres. *(Se pasea trágicamente por el cuarto.)*

BLUNTSCHLI *(con tono de duda).* - Hay motivos para todo. Acaba de decirme que sólo mintió dos veces en su vida. Mi querida joven, ¿no es eso quedarse corta?

Yo soy un hombre bastante veraz, pero mi veracidad no me dura toda una mañana.

RAÍNA *(contemplándolo con altanería).* -¿Sabe usted, señor, que me está insultando?

BLUNTSCHLI. -No puedo evitarlo. Cuando adopta esa noble actitud y habla con esa voz conmovedora, me veo obligado a admirarla. Pero me es imposible creerle una sola palabra de lo que dice.

RAÍNA *(soberbia).* - ¡Capitán Bluntschli!

BLUNTSCHLI *(impasible*). - ¿Sí?

RAÍNA *(deteniéndose frente a él como si no pudiera dar crédito a sus sentidos).* - ¿Sostiene usted lo que ha dicho? ¿Sabe qué acaba de decir?

BLUNTSCHLI. - Sí.

RAÍNA *(con la respiración entrecortada).* - ¡Yo! ¡¡Yo... !! *(Se señala a sí misma con incredulidad, como si quisiera decir "¿Yo, Raína Petkoff, digo mentiras?"*

El sostiene su mirada sin pestañar. La joven se sienta de pronto junto a él y agrega, con completo cambio de modales, de lo heroico a lo puerilmente familiar:) ¿Cómo lo descubrió?

BLUNTSCHLI *(vivamente).* - Instinto, mi querida señorita. Instinto y conocimiento del mundo.

RAÍNA *(maravillada).* - ¿Sabe?, usted es el primer hombre que conozco que no me toma en serio.

BLUNTSCHLI. - Quiere decir que soy el primer hombre que la toma verdaderamente en serio, ¿no es así?

RAÍNA. - Sí, supongo que es eso. *(Tranquila, completamente a sus anchas con él.)* ¡Cuán extraño es que le hablen a una de ese modo! ¿Sabe?, siempre me las he arreglado con eso.

BLUNTSCHLI. - ¿Se refiere a... ?

RAÍNA. -Me refiero a la noble actitud y a la voz conmovedora. *(Ríen juntos.)* Se lo hacía a mi nodriza, cuando niña. Y se lo creía. Lo hago ante mis padres. Y se lo creen. Lo hago ante Sergio. Y también me cree.

BLUNTSCHLI. - Sí, el también lo emplea un poco, ¿no es verdad?

RAÍNA *(sobresaltada).* - ¡Oh! ¿Le parece?

BLUNTSCHLI. -Usted lo conoce mejor que yo.

RAÍNA. -Quien sabe... ¿Será verdad? ¡Si estuviera segura de ello... ! *(Desalentada.)* Ah, bueno, ¿que importa? Pero supongo, ahora que me ha descubierto, que me despreciará.

BLUNTSCHLI *(calurosamente, poniéndose de pie).* No, mi querida joven, no, no, mil veces no. Eso forma parte de su juventud, de sus encantos. Y yo soy como todos los demás, como la nodriza, como sus padres, como Sergio: su rendido admirador.

RAÍNA *(complacida).* - ¿De veras?

BLUNTSCHLI *(golpeándose vivamente el pecho con la mano, al modo alemán).* - Hand aufs Herz. Nada más cierto.

RAÍNA *(dichosa).* -Pero, ¿que pensó de mí cuando le di mi retrato?

BLUNTSCHLI *(asombrado).* - ¿Su retrato? Nunca me dio su retrato.

RAÍNA *(rápida).* - ¿Quiere decir que no lo tiene?

BLUNTSCHLI. - No. *(Se sienta junto a ella con renovado interés y dice, con cierta complacencia:)* ¿Cuándo me lo envió?

RAÍNA *(indignada).* - No se lo envié. *(Aparta la cabeza y añade a desgana:)* Estaba en el bolsillo de esa chaqueta.

BLUNTSCHLI *(frunciendo los labios y abriendo los ojos).* - ¡Ohhh... ! No lo encontré. Aún debe estar allí.

RAÍNA *(poniéndose de pie de un salto).* - ¡Allí todavía! ¡Para que mi padre lo encuentre la primera vez que ponga la mano en el bolsillo! Oh, ¿como pudo usted ser tan estúpido?

BLUNTSCHLI *(levantándose a su vez).* - No tiene importancia. Supongo que no será más que una fotografía. ¿Como puede saber a quien estaba destinada? Dígale que el mismo lo puso en ese lugar.

RAÍNA (*amargamente).* - ¡Sí, eso es inteligentísimo! ¿No es cierto? *(Aturdida.)* ¡Ay! ¿Que haré?

BLUNTSCHLI. - ¡Ah, ya entiendo! Escribió algo en ella. Eso fue un tanto irreflexivo.

RAÍNA *(enfadada casi hasta las lágrimas).* - ¡Hacer una cosa así por usted, que no se le importa un comino de mí, que solo sabe reírse de mí ... ! ¿Está seguro de que nadie la ha tocado?

BLUNTSCHLI. - Bueno, no puedo estar completamente seguro. No podía llevar la chaqueta conmigo durante todo el tiempo. Es imposible llevar mucho equipaje durante el servicio activo.

RAÍNA. - ¿Y que hizo con ella?

BLUNTSCHLI. - Cuando llegue a Pirot me vi obligado, de todos modos, a ponerla en lugar seguro. Pensé en el deposito de equipajes del ferrocarril. Pero ese es el lugar más seguro para que lo desvalijen a uno en la guerra moderna. De modo que la pignore.

RAÍNA. - ¡La pignoro!

BLUNTSCHLI. - Ya se que no parece nada hermoso, pero fue, con mucho, el plan más sensato. La rescate anteayer. Solo Dios sabe si el prestamista reviso los bolsillos o no.

RAÍNA *(furiosa, lanzándole las palabras al rostro).* - Tiene usted una mente mezquina, de comerciante. Piensa en cosas que jamás se le ocurrirían a un caballero.

BLUNTSCHLI *(flemático).* - Esa es la característica nacional de los suizos, mi querida señorita. *(Vuelve a la mesa.)*

RAÍNA. - ¡Ay, ojalá no lo hubiera conocido nunca! *(Se aleja con impaciencia y se sienta en la ventana, encolerizada.)*

Entra Louka con un montón de cartas y telegramas sobre la bandeja y se encamina, con paso ágil y desenvuelto, hacia la mesa. La manga izquierda está recogida hasta el hombro y sujeta con un broche, dejándole el brazo desnudo, en el que un ancho brazalete de oro cubre la magulladura.

LOUKA *(a Bluntschli).* - Para usted. *(Con un movimiento de la mano deja caer sobre la mesa la carga de la bandeja.)* El mensajero aguarda. *(Está decidida a no ser cortés con el enemigo, aunque tenga que traerle el correo.)*

BLUNTSCHLI *(a Raína.)* - Discúlpeme. Hace tres semanas recibí la última correspondencia. Esto es una acumulación posterior. Cuatro telegramas con una semana de retraso. *(Abre uno.)* ¡Oh, malas noticias!

RAÍNA *(levantándose y acercándose, con algo de remordimiento).* - ¿Malas noticias?

BLUNTSCHLI. - Mi padre ha muerto. *(Contempla el telegrama con los labios fruncidos, cavilando ante el inesperado cambio de sus disposiciones. Louka se persigna rápidamente.)*

RAÍNA. - ¡Ay, qué triste!

BLUNTSCHLI. - Sí, tendré que volver a mi casa dentro de una hora. Ha dejado muchos grandes hoteles que deben ser atendidos. *(Toma un grueso y largo sobre azul.)* He aquí una carta del notario de la familia. *(Extrae el contenido del sobre y lo recorre con la mirada.)* ¡Caramba! ¡Setenta! ¡Doscientos! *(En un crescendo de angustia.)* ¡Cuatrocientos! ¡¡Cuatro mil!! ¡¡¡Nueve mil seiscientos!!! ¿Qué demonios puedo hacer con todo eso?

RAÍNA *(tímidamente).* -¿Nueve mil hoteles?

BLUNTSCHLI. - ¡Hoteles! ¡Tonterías! ¡Si usted supiera ... ! ¡Ah, es demasiado ridículo! Perdone, debo dar a mi asistente las órdenes para la partida. *(Sale precipitadamente del cuarto, con los documentos en la mano.)*

LOUKA *(sabiendo instintivamente que puede disgustar a Raína despreciando a Bluntschli).* - No tiene mucho corazón, ese suizo. No ha tenido siquiera una palabra de lamentación para su pobre padre.

RAÍNA *(amargamente).* - ¡Lamentación! ¿Un hombre que durante muchos años no ha hecho otra cosa que matar gente? ¿Qué le importa a él? ¿Qué le importa a cualquier soldado? *(Se dirige hacia la puerta, conteniendo las lágrimas con dificultad.)*

LOUKA. -El comandante Saránoff también ha combatido y sin embargo tiene sentimientos. *(Raína, en la puerta, se yergue con orgullo y sale.)* ¡Ahá! Ya me parecía que no conseguirías arrancar a tu soldado muchas expresiones de cariño. *(Está a punto de seguir a Raína cuando entra Nicola con una brazado de leños para la estufa.)*

NICOLA *(sonriéndole, enamorado).* -Toda la tarde he tratado de conseguir un minuto a solas contigo, querida. *(Cambia de expresión al advertir el brazo de ella.)* ¿Qué forma es esa de llevar la manga, chiquita?

LOUKA *(orgullosamente).* -Mi propia moda.

NICOLA. - ¡De veras! Si la señora te pesca así te dirá algunas cosas. *(Deja los leños en el suelo y se sienta cómodamente en la otomana.)*

LOUKA. - ¿Hay algún motivo para que te creas obligado a hablarme?

NICOLA. - ¡Vaya, no te muestres tan hostil conmigo! Tengo buenas noticias para ti. *(Louka se sienta junto a él. Él saca unos billetes de banco. Louka, con un brillo de avidez en los ojos, trata de arrebatárselos, pero él los pasa rápidamente a la mano izquierda, poniéndolos fuera de su alcance.)* ¿Ves? ¡Un billete de veinte leva! Me lo dio Sergio, por pura vanidad. Los dineros del sacristán... Y hay diez levas más. Me las dio el suizo por defender las mentiras de la señora y de Raína. No es ningún tonto ese hombre. Tendrías que haber oído a la vieja Catalina, abajo, cortés como nunca, pidiéndome que no me enfadara por el mal humor del comandante, porque todos los de la familia sabían cuán buen sirviente era yo... ¡después de obligarme a hacer el tonto y el mentiroso ante todos ellos! Las veinte levas van para nuestros ahorros. Y te daré las diez, para que las gastes en lo que quieras, siempre que me hables de un modo que me recuerde que soy un ser humano. De tanto en tanto me canso de ser un criado.

LOUKA. - ¡Sí, vende tu hombría por 30 levas y cómprame a mí por 10! *(Poniéndose de pie, despectiva.)* Guárdate tu dinero. Has nacido para ser un criado. Yo no. Cuando pongas tu tienda serás el sirviente de todos en vez de serlo de alguien. (*Se acerca caprichosamente a la mesa de trabajo y se sienta con gesto de reina en la silla de Sergio.)*

NICOLA *(recogiendo sus leños y dirigiéndose a la estufa).* - Ah, espera y verás. Tendremos nuestras noches para nosotros y yo seré el dueño de mi propia casa, te lo prometo. *(Deja caer los leños y se arrodilla ante la estufa.)*

LOUKA. -Nunca lo serás en mi casa.

NICOLA *(volviéndose, todavía de rodillas, acuclillado en actitud de desamparo y desanimado por el implacable desprecio de la joven).* - Tienes una gran ambición en

ti, Louka. Recuérdalo: si algún día te favorece la buena suerte, fui yo quien hizo una mujer de ti.

LOUKA. - ¡Tú!

NICOLA *(poniéndose de pie y acercándose a ella).* - Sí, yo. ¿Quién te convenció de que dejaras de usar un par de kilos de postizos negros en el cabello y de pintarte los labios y las mejillas como cualquier otra muchacha búlgara? Yo. ¿Quién te enseño a cortarte las uñas y a lavarte las manos y a ser cuidadora de tu aspecto, como una dama rusa? Yo. ¿Oyes eso? ¡Yo! *(Ella sacude desafiantemente la cabeza y él se vuelve, agregando con más frialdad:)* Siempre he creído que si Raína no fuese un obstáculo y si tú fueses menos tonta de lo que eres y Sergio un poco más, podrías llegar a ser una de mis principales parroquianas en lugar de ser solamente mi esposa y de costarme dinero.

LOUKA. - Estoy segura de que preferirías ser mi criado y no mi esposo. Sacarías más provecho de mí. ¡Oh, yo conozco tu alma!

NICOLA (*acercándose más a ella para dar más énfasis a sus palabras).* -No te ocupes de mi alma; escucha mi consejo. Si quieres ser una dama, tu actual forma de comportarte conmigo no te servirá de nada, a menos que estemos solos. Eres demasiado seca y descarada y el descaro es una especie de familiaridad. Demuestra tu afecto hacia mí. Y tampoco trates de mostrarte altanera conmigo. Eres como todas las campesinas. Crees que es elegante tratar a un criado como yo trato a un mozo de cuadra. Eso no hace más que revelar tu ignorancia, no lo olvides. Y no estés siempre lista a mostrarte desafiante con todos. Compórtate como si esperaras salirte con la tuya, no como si creyeras que recibirás ordenes toda tu vida. Para una dama, como para una sirvienta, el camino es el mismo: saber cuál es el lugar que le corresponde; ese es todo el secreto. Y puedes estar segura de que, si tú asciendes, yo sabré cuál es mi lugar. Piénsalo, querida. Yo te apoyare. Los criados debemos siempre ayudarnos los unos a los otros.

LOUKA *(levantándose, impaciente).* -Yo me comportare como me parezca. Me quitas todo el valor con tu sabiduría helada. Pon esos leños en el fuego; eso es lo único que entiendes.

Antes de que Nicola pueda replicarle, entra Sergio. Se detiene un instante al ver a Louka y luego se acerca a la estufa.

SERGIO *(a Nicola).* - Supongo que no te molesto en tu trabajo.

NICOLA *(con tono suave, maduro).* - Oh, no señor. Muchas gracias. Estaba reprochando a esta tonta su costumbre de venir a la biblioteca, a echar un vistazo a los libros, cada vez que encuentra un momento para ello. Eso es lo peor de su educación, señor. Le ha dado hábitos que están por encima de su posición social. *(A Louka.)* Louka, limpia la mesa para el comandante. *(Sale reposadamente.)*

Louka, sin mirar a Sergio, finge ordenar los papeles que hay sobre la mesa de escribir. É1 se acerca con lentitud y estudia reflexivamente la manga recogida.

SERGIO. - Veamos, ¿hay una magulladura ahí? *(Corre el brazalete y ve el cardenal producido por su apretón. Ella permanece inmóvil, sin mirarlo, fascinada pero alerta.)* ¡Caray! ¿Duele?

LOUKA. - Sí.

SERGIO. -¿Quieres que te lo cure?

LOUKA *(tornándose instantáneamente orgullosa, pero sin mirarlo).* - No. Ahora ya no podrá curarlo.

SERGIO *(dominador).* - ¿Estás segura? *(Hace un movimiento como para abrazarla.)*

LOUKA. -No juegue conmígo, por favor. Un oficial no debe jugar con una criada.

SERGIO *(indicando el moretón con un despiadado golpe del índice).* - Eso no fue juego, Louka.

LOUKA *(con un respingo, mirándolo por primera vez).* - ¿Se arrepiente de ello?

SERGIO *(con énfasis medido, cruzándose de brazos).* - Yo nunca me arrepiento.

LOUKA *(ansiosamente).* - Ojalá pudiese creer que un hombre es tan distinto de una mujer. Me pregunto si será usted verdaderamente un valiente.

SERGIO *(sin afectación, en actitud más serena).* -Sí, soy un valiente. Al primer disparo mi corazón dio un respingo, como el de una mujer. Pero durante la carga descubrí que era un valiente. Sí, al menos eso es verdadero en mí.

LOUKA. - ¿Y descubrió, durante el ataque, que los hombres cuyos padres son

pobres, como los míos, eran menos arrojados que los hombres ricos como usted?

SERGIO *(con amarga ligereza).* - Nada de eso. Todos ellos asestaban mandobles y juraban y gritaban como héroes. ¡Bah! El valor necesario para enfurecerse y matar es bien poco. Poseo un bull-terrier ingles que tiene tanto valor de ese tipo como toda Bulgaria y toda Rusia por añadidura. Pero permite que mi lacayo lo aporree. ¡Y así son los militares! No, Louka. Los soldados pobres pueden degollar a cualquiera, pero temen a sus oficiales.

Toleran insultos y golpes. Permiten que se castigue a sus compañeros como a niños. Sí, y hasta ayudan a hacerlo cuando se les ordena. ¡Y los oficiales... ! (*Con una corta carcajada áspera.)* Bueno, yo soy un oficial. *(Fervientemente.)* ¡A mí que me den los hombres capaces de desafiar, a riesgo de su vida, a cualquier potencia terrenal o celestial que quiera erigirse contra su voluntad y su conciencia! Sólo ellos son valientes.

LOUKA. - ¡Cuán fácil es hablar! Pienso que los hombres jamás crecen; todos tienen ideas de colegiales. Usted no sabe qué es el verdadero valor.

SERGIO *(irónico).* - ¡No digas! Aceptaré que me instruyas en ese sentido. *(Se sienta en la otomana, acomodándose en postura grandiosa.)*

LOUKA. - ¡Míreme! ¿Hasta qué punto se me permite tener voluntad propia? Tengo que limpiar su habitación, barrer y desempolvar, llevar y cargar. ¿Cómo sería posible que eso me degradara, si previamente no lo degradara a usted el que se lo hagan para que no trabaje? *(Con pasión contenida.)* Pero si yo fuese Emperatriz de Rusia, si estuviera por sobre todo el mundo... ¡Entonces! ¡Ah, entonces vería, sí, aunque, según usted, no esté en condiciones de demostrar valentía!

SERGIO.- ¿Qué ¿Qué harías, mi nobilísima Emperatriz?

LOUKA. - Me casaría con el hombre que amo, cosa que ninguna otra reina de Europa tiene el atrevimiento de hacer. Si lo amara a usted, aunque estuviese tan por debajo de mí como yo lo estoy de usted, tendría la suficiente audacia como para ser igual a mi inferior. ¿Haría usted lo mismo si me amara? No, si sintiera que comienza a enamorarse de mí, cortaría de raíz ese sentimiento. No se atrevería; se casaría con la hija de un hombre acaudalado, por temor al qué dirán.

SERGIO *(con un respingo).* -¡Mientes, mientes, por todas las estrellas! Si te amara y fuese el zar en persona, te pondría en el trono, a mi lado. Tú sabes que amo a otra mujer, una mujer que está tan por sobre ti como el cielo está sobre la tierra. Y tienes

celos de ella.

LOUKA. - No hay motivo alguno para que los tenga. Ya no se casará con usted. El hombre de que le hablé ha vuelto. Ella se casará con el suizo.

SERGIO *(retrocediendo).* - ¡El suizo!

LOUKA. - Un hombre que vale por diez como usted. Y entonces podrá venir a mí. Y yo también le rechazaré. Porque no está a mi altura. *(Se dirige hacia la puerta.)*

SERGIO *(saltando tras ella y tomándola ferozmente en sus brazos).* - Mataré al suizo y luego haré contigo lo que me plazca.

LOUKA *(en sus brazos, pasiva y firme).* - Quizás el suizo le mate a usted. Le ha derrotado en el amor. Es posible que le venza en la guerra.

SERGIO *(atormentado).* - ¿Piensas que puedo creer que ella... ella, cuyos más bajos pensamientos son más elevados que tus mejores sueños, es capaz de coquetear con otro hombre a mis espaldas?

LOUKA. - ¿Le parece que ella creería al suizo si éste le dijera que en este momento estoy en sus brazos?

SERGIO *(soltándola, desesperado).* - ¡Maldición! ¡Oh, maldición! ¡Burla, burla en todas partes! Todo lo que hago se mofa de todo lo que pienso. *(Se golpea frenéticamente el pecho.)* ¡Cobarde! ¡Mentiroso! ¡Tonto! ¿Debo matarme como un hombre, o seguir viviendo y fingir que me burlo de mí mismo? *(Ella se vuelve nuevamente para salir.)* ¡Louka! *(La joven se detiene junto a la puerta.)* Recuerda: me perteneces.

LOUKA *(volviéndose).* -¿Qué es eso? ¿Un insulto?

SERGIO *(autoritario).* - Esto quiere decir que me amas,

que te he tenido en mis brazos y que probablemente volveré a tenerte en ellos. No sé si eso es un insulto, ni me interesa saberlo. Tómalo como te plazca. *(Con vehemencia.)* Pero no seré un cobarde ni un frívolo. Si se me ocurre amarte me atreveré a casarme contigo, a despecho de lo que pueda pensar toda Bulgaria. Si estas manos vuelven a tocarte alguna vez, tocarán a mi prometida.

LOUKA. - Ya veremos si se atreve a cumplir su palabra. Y tenga cuidado. No esperaré mucho.

SERGIO *(cruzándose nuevamente de brazos y permaneciendo inmóvil en el centro del cuarto).* - Sí, lo veremos. Y esperarás hasta que a mí se me ocurra.

Entra Bluntschli, muy preocupado, con los papeles todavía en la mano, dejando abierta la puerta para que salga Louka. Se acerca a la mesa, lanzando de paso una

mirada a la doncella. Sergio, sin alterar su actitud decidida, lo contempla tranquilamente. Louka sale, dejando la puerta abierta.

BLUNTSCHLI *(distraído, sentándose a la mesa de escribir, en el mismo lugar que antes, y dejando sobre ella los papeles).* - Es una joven notablemente bonita.

SERGIO *(grave, sin moverse).* - Capitán Bluntschli...

BLUNTSCHLI. - ¿Eh?

SERGIO. -Usted me ha engañado. Es mi rival. Y yo no puedo tolerar rivales. A las seis en punto estaré, a caballo, en el campo de ejercicios del camino de Klisura. Me encontrará armado de sable. ¿Entiende?

BLUNTSCHLI *(mirándolo fijamente, sigue sentado con toda serenidad).* - ¡Oh, gracias, esa es la proposición de un soldado de caballería. Yo sirvo en la artillería y

me corresponde la elección de las armas. Si voy llevaré una ametralladora. Y esta vez no habrá confusión alguna con las balas.

SERGIO *(enrojeciendo, pero con mortífera frialdad).* - Cuidado, señor. En Bulgaria no acostumbramos a permitir que se bromee con invitaciones de esta clase.

BLUNTSCHLI *(calurosamente).* - ¡Bah! No me hable de Bulgaria. Ustedes no saben lo que es el combate. Pero como quiera. Lleve su sable. Estaré allí.

SERGIO *(encantado de descubrir que su rival es un hombre de espíritu).* - Bien dicho, suizo. ¿Quiere que le preste mi mejor caballo?

BLUNTSCHLI. - ¡No, maldito sea su caballo! Pero gracias de todos modos, mi querido amigo. *(Entra Raína y alcanza a escuchar la frase siguiente.)* Yo lucharé de a pie. Los caballos son demasiado peligrosos. Prefiero no matarle, si puedo evitarlo.

RAÍNA *(adelantándose ansiosamente).* - He oído lo que dijo el capitán Bluntschli, Sergio. Piensan batirse en duelo. ¿Por qué? *(Sergio se aparta en silencio y se acerca a la estufa, donde permanece contemplándola, mientras ella sigue hablando a Bluntschli.)* ¿Por qué?

BLUNTSCHLI. -No sé. No me lo ha dicho. Y será mejor que no intervenga, mi querida joven. No se hará ningún daño. He actuado muchas veces como instructor de esgrima. Ni siquiera llegará a tocarme y yo cuidaré de no herirle. Eso ahorrará las explicaciones. Por la mañana partiré para Suiza y jamás volverán a verme ni a oír hablar de mí. Entonces ustedes harán las paces y vivirán felices por siempre jamás.

RAÍNA *(apartándose, intensamente ofendida, casi con un sollozo en la voz).* - Nunca dije que quisiera volver a verle.

SERGIO *(adelantándose).* - ¡Ah! Eso es una confesión.

RAÍNA (*altiva*).-¿Qué quieres decir?

SERGIO. - ¡Amas a ese hombre!

RAÍNA *(escandalizada).* - ¡Sergio!

SERGIO. - Le permites que te haga el amor a mis espaldas, así como a mí me tratas, a las de el, como si fuera tu prometido. Bluntschli, usted conocía nuestras relaciones y me engañó. Es por eso que le censuro y no por haber recibido favores de los cuales yo no goce jamás.

BLUNTSCHLI *(indignado).* - ¡Bobadas! ¡Estupideces! No he recibido favor alguno. La joven ni siquiera sabe si estoy casado o no.

RAÍNA *(perdiendo el dominio de sí misma).* - ¡Oh! *(Dejándose caer sobre la otomana.)* ¿Lo está?

SERGIO. - Ya ve la preocupación de la joven, capitán Bluntschli. Es inútil negarlo. Gozó usted del privilegio de ser recibido en el cuarto de ella, ya avanzada la noche...

BLUNTSCHLI *(interrumpiéndole mordazmente).* - ¡Sí, zoquete! Me recibió obligada por la pistola con que yo la encañonaba. Su caballería me perseguía. Le habría saltado la tapa de los sesos si hubiera lanzado un solo grito.

SERGIO (*anonadado*). - ¡Bluntschli! ¡Raína! ¿Es verdad?

RAÍNA *(irguiéndose en airada majestuosidad).* - ¡Oh! ¿Cómo te atreves, cómo te atreves?

BLUNTSCHLI. - Discúlpese, hombre, discúlpese. *(Vuelve a sentarse ante la mesa de trabajo.)*

SERGIO (*con el antiguo énfasis medido, cruzándose de brazos).* - ¡Jamás me disculpo de nada!

RAÍNA *(apasionadamente*). - Esto es obra de su amigo, capitán Bluntschli. Es el quien divulga esa espantosa historia. *(Se pasea excitadamente.)*

BLUNTSCHLI. -No. Está muerto. Quemado en vida.

RAÍNA (*deteniéndose, horrorizada*). - ¡Quemado en vida!

BLUNTSCHLI. - Recibió un balazo en la cadera mientras se ocultaba en un aserradero. No pudo salir. Las granadas de sus compatriotas pegaron fuego a la madera y mi amigo murió quemado, con otros seis pobres diablos que se encontraban en la misma situación.

RAÍNA. - ¡Que espantoso! .

SERGIO. - ¡Y que ridículo! ¡Ah, la guerra, la guerra! ¡El sueño de patriotas y héroes! Una patraña, Bluntschli. Una patraña huera, como el amor.

RAÍNA *(herida*).-¡Como el amor! ¡Y lo dices ante mí!

BLUNTSCHLI. -Vamos, Saránoff, explíquese.

SERGIO. -Una patraña huera, afirmo. ¿Acaso habría usted vuelto aquí si nada hubiese pasado entre ambos, aparte de lo obligado por el caño de su pistola? Raína está equivocada en cuanto a su amigo que murió quemado. No fue el mi informante.

RAÍNA. - ¿Y quien, entonces? *(Adivinando de pronto la verdad.)* ¡Ah, Louka, mi criada, mi doncella! Esta mañana estuviste con ella todo el tiempo, después de que... después de... ¡Oh, que clase de dios es este que he estado adorando! *(El hace frente a su mirada con irónico placer, ante la desilusión de la joven. Más enfurecida, Raína se acerca y le dice en tono más bajo y más intenso:)* ¿Sabes?, cuando subí a mi habitación lance una mirada por la ventana para poder ver una vez más a mi héroe. Y vi algo que entonces no entendí. Ahora se que le estabas haciendo el amor.

SERGIO *(con torvo humorismo).* - ¿Viste eso?

RAÍNA. - Con toda claridad. *(Se aparta de él y se deja caer sobre el diván, bajo la ventana del centro, completamente vencida.)*

SERGIO *(cínicamente).* - Rama, nuestro romance está destrozado. La vida es una farsa.

BLUNTSCHLI *(a Raína, caprichosamente).* - Ya lo ve; por fin se ha descubierto a sí mismo.

SERGIO *(acercándose a él).* - Bluntschli, le he permitido que me llamara zoquete. Puede llamarme ahora cobarde. Me niego a luchar con usted. ¿Y sabe por que?

BLUNTSCHLI. - No, pero no importa. No le pregunte por que cuando me desafió y no se lo pregunto ahora que se retracta. Soy un soldado profesional; lucho cuando tengo que hacerlo y me alegro cuando no tengo necesidad de ello. Usted es solamente un aficionado y piensa que la lucha es una diversión.

SERGIO *(sentándose a la mesa, frente a él).* -Se lo diré de todos modos, mi profesional. El motivo es que se necesitan dos hombres -verdaderos hombres-, hombres de corazón, de sangre, de honor, para combatir en serio. Me sería tan difícil luchar contra usted como hacerle el amor a una mujer fea. Usted no tiene magnetismo; no es un hombre, es una máquina.

BLUNTSCHLI *(disculpándose).* - Muy cierto, muy cierto. Siempre he sido así. Lo

siento de veras.

SERGIO. - ¡Bah!

BLUNTSCHLI. - Pero ahora que ha descubierto que la vida no es una farsa sino algo completamente sensato y serio, ¿que obstáculo existe para que sean felices?

RAÍNA *(poniéndose de pie).* - Se muestra demasiado solícito en cuanto a mi felicidad y la de Sergio. ¿Olvida usted acaso a su nuevo amor... Louka? No es con usted con quien tiene que luchar, sino con su rival, Nicola.

SERGIO *(en un respingo).* - ¡Rival!

RAÍNA. - ¿No sabes que están comprometidos?

SERGIO. - ¡Nicola! ¿Se abren nuevos abismos ante mí? ¡Nicola!

RAÍNA *(sarcásticamente).* - Espantoso sacrificio, ¿verdad? ¡Tanta belleza, tanto intelecto, tanta modestia derrochados en un sirviente de mediana edad! En verdad, Sergio, no puedes tolerar una cosa así. Sería indigno de tu hidalguía.

SERGIO (*perdiendo todo dominio de sí mismo).* - ¡Víbora! ¡Víbora! *(Corre de un lado para otro, lanzando espumarajos de ira.)*

BLUNTSCHLI. -Oiga, Saránoff, está llevando la peor parte...

RAÍNA (*enojándose).* - ¿Se da cuenta de lo que ha hecho este hombre, capitán Bluntschli? Ha hecho que la muchacha nos espiara. Y, como recompensa, le hace el amor.

SERGIO. - ¡Falso! ¡Monstruoso!

RAÍNA. - ¿Monstruoso? *(Enfrentándolo.)* ¿Quieres negar que fue ella quien te contó que el capitán estuvo en mi cuarto?

SERGIO. -No, pero...

RAÍNA *(interrumpiéndole).* - ¿Quieres negar que le hacías el amor cuando ella te lo dijo?

SERGIO. -No, pero te digo...

RAÍNA *(interrumpiéndolo despectivamente).* -Es innecesario que nos digas más. Ya es bastante. *(Se aparta de él y vuelve majestuosamente a la ventana.)*

BLUNTSCHLI *(tranquilamente, mientras Sergio, en un tormento de bochorno, se hunde en la otomana y se aprieta la cabeza con los puños).* -Ya le advertí que estaba llevando la peor parte, Saránoff.

SERGIO. - ¡Gata montés!

RAÍNA *(corriendo excitadamente hacia Bluntschli).* - ¿Oye cómo me insulta,

capitán Bluntschli?

BLUNTSCHLI. - ¿Qué remedio le queda, mi querida joven? Le es necesario defenderse de algún modo. *(Persuasivamente.)* Vaya, no disputen. ¿De qué sirve?

Raína, con la respiración ahogada, se sienta en la otomana y, después de un intento fallido de mirar a Bluntschli con aspecto ofendido, es víctima de su sentido del humor y se recuesta infantilmente contra el hombro convulso de Sergio.

SERGIO. - ¡Prometida a Nicola! ¡Ja, ja! Ah, sí, Bluntschli; tiene mucha razón en tomar fríamente esta enorme impostura que es el mundo.

RAÍNA *(graciosamente, a Bluntschli, con instintivo conocimiento de su estado de ánimo).* - Supongo que nos toma usted por una pareja de niños crecidos, ¿no es verdad?

SERGIO *(sonriendo ferozmente).* - Sí, eso es. La civilización suiza vigilando los pinitos de la barbarie búlgara, ¿eh?

BLUNTSCHLI *(ruborizándose).* -Nada de eso, se lo aseguro. Pero me alegro profundamente de que se hayan tranquilizado un poco. ¡Vaya, vaya, mostrémonos agradables y discutamos la cosa en forma amistosa. ¿Dónde está esa otra joven?

RAÍNA. - Quizá escuchando detrás de la puerta.

SERGIO *(estremeciéndose como herido por un balazo y hablando con indignación tranquila pero profunda).* - Les demostraré que eso, al menos, es una calumnia. *(Se dirige con dignidad hacia la puerta y la abre. Mira afuera y prorrumpe en un aullido de cólera. Se lanza al corredor y vuelve arrastrando a Louka, a quien arroja violentamente contra la mesa, exclamando:)* Júzguela, Bluntschli. Usted, el hombre frío e imparcial, juzgue a la fisgona.

Louka se mantiene firme, orgullosa y silenciosa.

BLUNTSCHLI *(meneando la cabeza).* -No soy yo quien debe juzgarla. En una ocasión yo mismo fisgoneé detrás de una tienda de campaña cuando estaba a punto de estallar un motín. Se trata simplemente de una cuestión de grado. Mi vida se hallaba en peligro.

LOUKA. -En mi caso es mi amor el que se hallaba en peligro. No me avergüenzo.

RAÍNA *(despectivamente).* - ¡Tu amor! Tu curiosidad, querrás decir.

LOUKA *(enfrentándola y devolviéndole el desprecio con intereses).* - Mi amor, más fuerte de lo que usted pueda sentir, ni siquiera por su soldado de chocolate.

SERGIO *(con sospecha rápidamente despertada, a Louka).* -¿Qué quiere decir

eso?

LOUKA *(ferozmente).* - Quiere decir...

SERGIO *(interrumpiéndola insultantemente).* - Ah, ya recuerdo, el budín helado. ¡Una broma mezquina, muchacha!

Entra el comandante Petkoff, en mangas de camisa.

PETKOFF. - Perdonen mi atavío, señores. Raína, alguien ha estado usando mi chaqueta, estoy seguro. Alguien de espaldas distintas a las mías. Tiene abiertas todas las costuras de las mangas. Tu madre está cosiéndola. Me agradaría que se diese prisa. Puedo coger un resfriado. *(Los mira con más atención.)* ¿Sucede algo?

RAÍNA. - No. *(Se sienta ante la estufa con aspecto tranquilo.)*

SERGIO. - ¡Oh, no! *(Se sienta ante la mesa, en un extremo. como anteriormente.)*

BLUNTSCHLI *(que ya está sentado).* -Nada. Nada.

PETKOFF *(sentándose en la otomana, en su lugar de costumbre).* - Muy bien. *(Advierte a Louka.)* ¿Ocurre algo, Louka?

LOUKA. -No, señor.

PETKOFF *(afablemente).* - Magnífico. *(Estornuda.)* Vé, como una buena chica, y pídele mi saco a la señora, ¿quieres?

Entra Nicola con la chaqueta. Louka finge tener que hacer en el cuarto y pone la mesita del narguile junto a la pared, cerca de las ventanas.

RAÍNA *(poniéndose rápidamente de pie al ver la chaqueta en manos de Nicola).* - Aquí la tienes, papá. Dámela, Nicola, y pon un poco más de leña en el fuego. *(Toma la chaqueta y se la lleva al comandante, quien se levanta para ponérsela. Nicola atiza el fuego.)*

PETKOFF *(a Raína, bromeando afectuosamente).* - ¡Ah! Piensas mostrarte cariñosa, aunque sólo sea por un día, con tu pobre y viejo padre que ha regresado de la guerra, ¿eh?

RAÍNA *(con solemne tono de reproche).* - Oh, ¿cómo puedes decirme tal cosa, papá?

PETKOFF. - Bueno, bueno, no es más que una broma, chiquita. Vaya, dame un beso. *(Ella lo besa.)* Y ahora dame la chaqueta.

RAÍNA. - No, te la pondré yo. Vuélvete. *(El se vuelve y extiende los brazos hacia atrás, esperando para meterlos en las mangas. Raína extrae diestramente la fotografía del bolsillo y la arroja sobre la mesa, ante Bluntschli, quien la cubre con una*

hoja de papel frente a las propias narices de Sergio. Este mira asombrado; sus sospechas van en aumento. Raína ayuda a su padre a vestirse.) ¡Ya está, querido! ¿Te sientes más cómodo?

PETKOFF. - Perfectamente, queridita. Gracias. *(Se sienta y Rama regresa a su asiento junto a la estufa.)* Ah, de paso, he descubierto algo sumamente gracioso. ¿Qué significa esto? (*Pone la mano en el bolsillo saqueado.)* ¡Eh, caramba! *(Busca en el otra bolsillo.)* ¡Bueno, habría jurado... ! *(Intrigada, prueba en el bolsillo del pecho.)* Quién sabe si... *(Vuelve a intentar en el primer bolsillo.)* ¿Dónde puede haber... ? *(Se pone de pie y exclama:)* ¡Tu madre lo ha tomado!

RAÍNA *(intensamente ruborizada).* -¿Tornado qué?

PETKOFF. -Una fotografía tuya, con la inscripción: "Raína, a su soldado de bombones de crema. Un recuerdo." Y bien, ¿sabes?, aquí hay más de lo que parece. Y estoy decidido a averiguarlo. *(Gritando.)* ¡Nicola!

NICOLA *(acercándose a él).* - ¿Señor?

PETKOFF. - ¿Arruinaste esta mañana un budín hecho por la señorita Raína?

NICOLA. -Usted oyó a la señorita Raína afirmar que así lo hice.

PETKOFF. - Ya lo sé, idiota. Pero, ¿es cierto?

NICOLA. - Estoy seguro de que la señorita Raína es incapaz de decir cualquier cosa que no sea la verdad, señor.

PETKOFF. - ¿Sí? Yo no. *(Volviéndose hacia los demás.)* Vaya, ¿creen ustedes que no entiendo nada? *(Se acerca a Sergio y le palmea en el hombro.)* Sergio, tú eres el soldado de bombones de crema, ¿no es verdad?

SERGIO *(sobresaltándose).* - ¿Yo un soldado de chocolate? Nada de eso.

PETKOFF. - ¡No! *(Los mira. Todos se muestran serios y concentrados.)* ¿Acaso piensas decirme que Raína envía cosas como ésas a otros hombres?

SERGIO (enigmático).-El mundo no es tan inocente como solíamos creer, Petkoff.

BLUNTSCHLI *(poniéndose de pie).* -Muy bien, comandante. Yo soy el soldado de bombones de crema. *(Petkoff y Sergio quedan igualmente atónitos.)* La encantadora joven me salvo la vida dándome bombones de crema cuando estaba casi muerto de hambre. ¡Jamás olvidare el gusto que tenían! Mi difunto amigo Stolz le contó la historia en Pirot. Yo era el fugitivo.

PETKOFF. - ¡Usted! *(Suspira.)* Sergio, ¿recuerdas como estas dos mujeres se escandalizaron cuando mencionamos el caso? (*Sergio sonríe cínicamente. Petkoff*

mira con severidad a Raína.) Tú eres una buena muchacha, ¿no?

RAÍNA *(amargamente).* -El comandante Saránoff ha cambiado de opinión. Y cuando yo escribí eso en la fotografía no sabía que el capitán Bluntschli estaba casado.

BLUNTSCHLI *(sobresaltado, en vehemente protesta).* - No estoy casado.

RAÍNA *(con profundo reproche).* - Pero dijo que lo estaba.

BLUNTSCHLI.-Nada de eso. No lo dije. Nunca estuve casado en mi vida.

PETKOFF *(exasperado).* - Raína, ¿quieres tener la bondad de informarme, si no es mucho pedir, a cuál de estos caballeros estás prometida?

RAÍNA.- A ninguno de ellos. (*Señalando a Louka, quien los enfrenta orgullosamente.)* Esta joven es, en la actualidad, el objeto de los afectos del comandante Saránoff.

PETKOFF. - ¿Louka? ¿Estás loco, Sergio? Pero si esta chica está comprometida con Nicola.

NICOLA. - Con su permiso, señor. Hay un error. Louka no está comprometida conmigo.

PETKOFF. - ¡Que no está comprometida contigo, pillastre! Pero si recibiste un regalo mío de veinticinco levas el día de tu compromiso; y ella obtuvo un brazalete dorado de parte de la señorita Raína...

NICOLA *(con fría unción).* - Fue un compromiso fingido, señor. Era para proteger a Louka. Tiene un espíritu que está por encima de su categoría social y yo no he sido más que su criado confidencial. Tengo la intención, señor, como usted lo sabe, de poner más adelante una tienda en Sofía. Y espero que Louka me ayude haciéndose mi parroquiana y recomendándome a sus amistades, cuando se case con un noble. *(Sale con impresionante discreción, mientras todos lo contemplan asombrados.)*

PETKOFF *(interrumpiendo el silencio).* - ¡Bueno, que me...!

SERGIO. -Una de dos: o esto es el más magnífico heroísmo que conozco, o la bajeza más servil. ¿Qué le parece, Bluntschli?

BLUNTSCHLI. -No tiene importancia el que sea heroísmo o bajeza. Nicola es el hombre más capaz que he conocido en Bulgaria. Si sabe hablar francés y alemán lo haré gerente de un hotel.

LOUKA *(estallando repentinamente, a Sergio).* - He sido insultada por todos los presentes. Y usted dio el ejemplo. Me debe una disculpa.

Sergio, como un reloj de repetición al que se hubiera puesto en marcha, comienza inmediatamente a cruzarse de brazos.

BLUNTSCHLI *(antes de que pueda hablar).* - Es inútil. Jamás se disculpa por nada.

LOUKA. -No se disculpará a usted, que es su igual

y su enemigo. Pero a mí, su pobre criada, no me negará una explicación.

SERGIO *(aprobando).* - Tienes razón. *(Hinca una rodilla en el suelo y dice con su voz más grandilocuente.)* Perdóname.

LOUKA. - Lo perdono. *(Le alarga tímidamente la mano, que él besa.)* Esto me convierte en tu esposa.

SERGIO *(poniéndose en pie de un salto).* - Ah, me había olvidado de eso!

LOUKA *(fríamente).* -Puedes retractarte, si quieres.

SERGIO. - ¿Retractarme? ¡Nunca! Me perteneces. *(La abraza.)* Entra Catalina y encuentra a Louka en brazos de Sergio y a todos los demás mirándolos con confuso asombro.

CATALINA. - ¿Qué significa esto? Sergio suelta a Louka.

PETKOFF. - Bueno, querida mía, parece que Sergio se casará con Louka en lugar de hacerlo con Raína. *(Ella está a punto de replicarle, indignada. Pero él se lo impide exclamando:)* No me culpes a mí, yo no tengo nada que ver con eso. *(Se aproxima a la estufa.)*

CATALINA. - ¿Que se va a casar con Louka? ¡Sergio, usted nos ha dado su palabra a nosotros! Ella lo obliga.

SERGIO *(cruzándose de brazos).* - Nada me obliga.

BLUNTSCHLI *(complacido por esa muestra de sensatez).* - ¡Saránoff, chóquela! Mis felicitaciones. En fin de cuenta esos arranques heroicos suyos tienen su lado práctico. *(A Louka.)* ¡Graciosa señorita, reciba los mejores augurios de un buen republicano! *(Le besa la mano, para disgusto de Raína, y vuelve a su asiento.)*

CATALINA. - Louka, has estado chismorreando.

LOUKA. - No hice ningún daño a Raína.

CATALINA *(altanera).* - ¡Raína!

Raína, igualmente indignada, lanza un resoplido.

LOUKA. - Tengo derecho a llamarla Raína a secas. Ella me llama Louka. Le dije al comandante Saránoff que ella jamás se casaría con él si volvía el suizo.

BLUNTSCHLI *(sorprendido, levantándose).* - ¿Eh?. .

LOUKA *(volviéndose a Raína).*-Me parecía que estaba usted más enamorada de él que de Sergio. Usted sabrá si estaba en lo cierto.

BLUNTSCHLI. - ¡Qué tontería! Les aseguro, mi querido comandante, mi querida señora, que la encantadora joven no hizo más que salvarme la vida. Jamás se le importó un bledo de mí. Pero, ¡bendito sea!, miren a la joven y mírenme a mí. ¡Ella, rica, joven, hermosa, con la imaginación poblada de princesas de cuentos de hadas, de naturalezas nobles, de cargas de caballería y de quién sabe cuántas cosas más! Y yo, un simple soldado suizo que casi no sabe qué es una vida decente después de quince años de cuarteles y batallas, un vagabundo, un hombre que ha arruinado todas las posibilidades que tenía en la vida con su incurable romanticismo, un hombre que...

SERGIO *(dando un brinco como si lo hubiera pinchado una aguja e interrumpiendo a Bluntschli con incredulidad).* -Perdóneme, Bluntschli; ¿qué dijo que le arruinó todas las posibilidades que tenía en la vida?

BLUNTSCHLI *(rápidamente).* -Mi incurable romanticismo. Cuando niño me escapé dos veces de casa. Ingresé en el ejército en lugar de ocuparme de los negocios de mi padre. Trepé al balcón de esta casa cuando un hombre de buen sentido se habría ocultado en el sótano más cercano. Volví aquí a hurtadillas, para poder ver otra vez a esta joven, cuando cualquier hombre de mi edad se habría conformado con enviar la chaqueta...

PETKOFF. -¡Mi chaqueta!

BLUNTSCHLI Sí, a ella me refiero... la habría enviado para volverse después a su hogar. ¿Les parece que soy de esa clase de individuos de quienes las muchachas se enamoran? ¡Y nuestras edades! Yo tengo treinta y cuatro; no creo que la joven tenga más de diecisiete. *(Este cálculo produce una marcada sensación. Todos se vuelven y se miran mutuamente. El continúa hablando inocentemente.)* Toda esa aventura que significaba la vida o la muerte para mí no representaba más que un juego de colegiala para ella... bombones de chocolate y escondite. ¡Y he aquí la prueba! *(Toma la fotografía de la mesa.)* Les pregunto: ¿acaso una mujer que tomara seriamente el caso me habría enviado esto, después de escribir la dedicatoria de "Raína a su soldado de bombones de crema. Un recuerdo"? *(Exhibe la fotografía triunfalmente, como si ella resolviera las dudas más allá de toda posibilidad de refutación.)*

PETKOFF. -Eso es lo que estaba buscando. ¿Cómo demonios ha ido a parar allí?

(Se acerca a contemplarla y luego se sienta en la otomana.)

BLUNTSCHLI *(a Raína, con complacencia).* - Espero haberlo aclarado todo, encantadora joven.

RANA *(encaminándose hacia la mesa para mirarlo de frente).* - Estoy completamente de acuerdo con la descripción que ha hecho de sí mismo. Es usted un idiota romántico. *(Bluntschli queda indeciblemente anonadado.)* La próxima vez espero que advierta la diferencia entre una colegiala de diecisiete y una mujer de veintitrés.

BLUNTSCHLI *(estupefacto).* - ¡Veintitrés!

Raína le arrebata despectivamente la fotografía de la mano, la rasga, le arroja los pedazos a la cara y vuelve majestuosamente a su lugar de antes.

SERGIO *(con torvo placer ante el desconcierto de su rival).* - Bluntschli, mi última convicción me ha fracasado. Su sagacidad es un engaño, como todo lo demás. ¡Tiene menos sensatez que yo!

BLUNTSCHLI *(atónito).*- ¡Veintitrés! ¡¡Veintitrés!! *(Cavila.)* ¡Hmmm! *(Adoptando rápido una decisión y acercándose al dueño de casa.)* En ese caso, comandante Petkoff, me atrevo a solicitarle permiso para pretender la mano de su hija, en lugar del comandante Saránoff.

RAÍNA. - ¡Qué osadía!

BLUNTSBHLI. - Si tenía veintitrés años cuando me dijo esas cosas, esta tarde, las tomaré en serio.

CATALINA *(altivamente cortés).* - Se me ocurre, señor, que no se da cuenta usted de la posición de mi hija ni de la del comandante Sergio Saránoff, cuyo lugar quiere ocupar. Los Petkoff y los Saránoff son las familias más ricas y más importantes del país. Nuestra situación social es casi histórica; tiene ya veinte años de antigüedad.

PETKOFF. - Oh, déjate de eso, Catalina. *(A Bluntschli.)* Estaríamos encantados, Bluntschli, si se tratara solamente de su posición social. Pero, al diablo, Raína está acostumbrada a una vida sumamente cómoda. Sergio tiene veinte caballos.

BLUNTSCHLI. - Pero, ¿quién necesita veinte caballos? No pensamos establecer un circo.

CATALINA *(severamente).* - Mi hija, señor, está acostumbrada a tener una caballeriza de primer orden.

RAÍNA. - Cállate, mamá; me pones en ridículo.

BLUNTSCHLI. - ¡Ah, bueno, si se trata de comparar bienes, ahí va! *(Se precipita impetuosamente hacia la mesa, toma los papeles del sobre azul y se vuelve hacia Sergio.)* ¿Cuántos caballos dijo?

SERGIO. -Veinte, mi noble suizo.

BLUNTSCHLI. - Yo tengo doscientos. *(Todos se muestran asombrados.)* ¿Cuántos coches?

SERGIO. - Tres.

BLUNTSCHLI. - Yo tengo setenta. Veinticuatro de ellos tienen capacidad para doce personas en su interior, aparte de dos más que pueden viajar en el pescante, sin contar al conductor y al zagal. ¿Cuántos manteles tiene?

SERGIO. - ¿Como diablos puedo saberlo?

BLUNTSCHLI. - ¿Tiene cuatro mil?

SERGIO. - No.

BLUNTSCHLI. -Yo sí. Y tengo nueve mil seiscientos pares de sábanas y mantas, y dos mil cuatrocientas colchas de edredón. Tengo diez mil cuchillos y tenedores y la misma cantidad de cucharas de postre. Tengo trescientos criados. Tengo seis residencias palaciegas, amén de dos caballerizas, un jardín para tomar té y una casa privada. Poseo cuatro medallas por servicios distinguidos; tengo la jerarquía de un oficial en el ejército y la posición social de un caballero. Domino tres idiomas nacionales. ¡Muéstreme a cualquier hombre en Bulgaria que pueda ofrecer otro tanto!

PETKOFF *(con respeto infantil).* - ¿Es usted Emperador de Suiza?

BLUNTSCHLI. -Mi jerarquía es la más alta que se conoce en Suiza: soy un ciudadano libre.

CATALINA. - En ese caso, capitán Bluntschli, puesto , que mi hija lo ha escogido...

RAÍNA (*rebelde*). -Nada de eso.

CATALINA *(haciendo caso omiso de ella*).- .. no me interpondré en el camino de la felicidad de Raína. *(Petkoff está a punto de hablar.)* Y el comandante Petkoff opina lo mismo.

PETKOFF. - ¡Ah, me encantará! ¡Doscientos caballos! ¡Caray!

SERGIO. - ¿Y qué dice la joven?

RAÍNA *(fingiendo que está mohina).* -La joven dice que el capitán Bluntschli puede guardarse sus manteles y sus ómnibus. No estoy dispuesta a dejarme vender al

mejor postor. *(Se vuelve de espaldas.)*

BLUNTSCHLI. - No acepto esa respuesta. Me dirigí a usted como fugitivo, como mendigo, como un hombre hambreado. Usted me acepto. Me dio su mano a besar, su cama para dormir y su techo para protegerme.

RAÍNA. - No se los di al Emperador de Suiza.

BLUNTSCHLI. - Exactamente. *(La toma de los hombros y la obliga a mirarlo a la cara.)* Díganos, entonces, a quién se los dio.

RAÍNA *(vencida, con una sonrisa tímida).* - A mi soldado de chocolate.

BLUNTSCHLI *(con una infantil carcajada de alegría).*-Muy bien. Gracias. *(Mira el reloj y se torna práctico.)* Tengo prisa, comandante. Ha dirigido usted tan bien esos regimientos que seguramente le pedirán que repatrie parte de la infantería de la división Timok. Hágala regresar por vía de Lom Palanka. Saránoff, no se case hasta que yo vuelva. Estaré aquí puntualmente a las cinco de la tarde del martes, de aquí en quince días. *(Hace sonar los tacones.)* Encantadoras damas, buenas noches. *(Hace una reverencia militar y sale.)*

SERGIO. - ¡Qué hombre! ¡Vaya qué hombre!

TELÓN